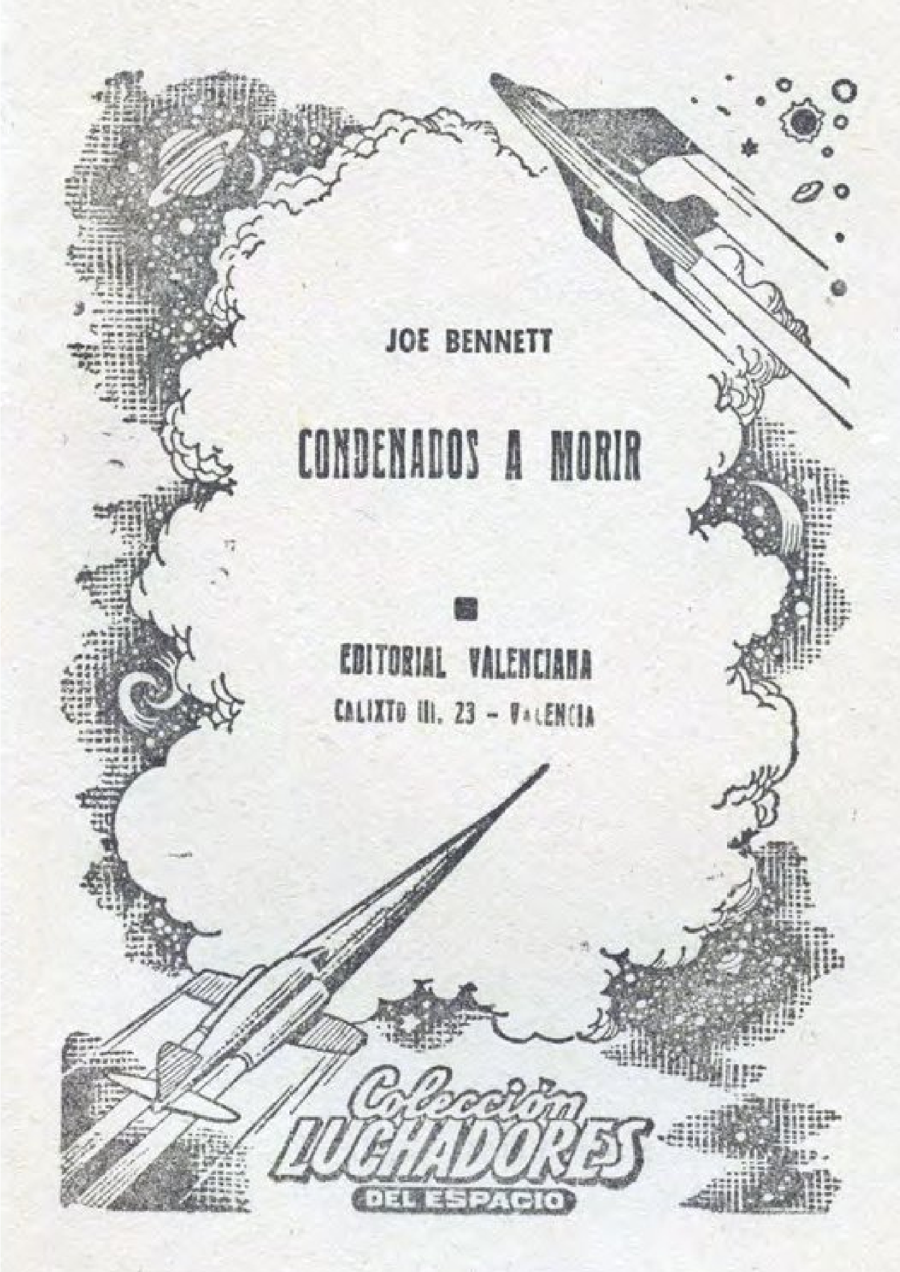

CONDENADOS
a MORIR
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



JOE BENNETT

CONDENADOS A MORIR

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Dep. legal V. 21 - 1960
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Registro núm: 4.780 - 1959



CAPÍTULO I
LOS FUGITIVOS

Ready Porter no lograba salir de su asombro. Y es que aquello, la extraña y fantástica aventura que estaban viviendo angustiosamente en Venus y por completo en contra de su voluntad, era capaz de volver loco al hombre de cerebro más equilibrado.

Primero, fue la estatuilla de metal dorado cuyo extraordinario poder causó la teleportación de sus cuerpos en un fantasmal e inconcebible viaje a través del espacio-tiempo, la fabulosa cuarta dimensión que todos los científicos terrestres soñaban obtener, llevando como gentil compañera a la aterrada Melinda Kingman.

Después, el escalofriante despertar en la jungla y los violentos avatares del pantano poblado por chapoteantes monstruos prehistóricos. Más tarde, en una sucesión de hechos que llegó a aturdirles, la aparición de los primeros hombrecillos de Secundus, nombre que ellos daban a Venus

debido a su colocación planetaria con respecto al Sol.

Mwesk, el jerarca de la túnica dorada, y su portentoso proceso exploroencefálico, capaz de revelar los secretos mentales y hacerle aprender el idioma de los terrestres. Luego... ¡Oh, tantas y tantas incidencias demenciales hasta desembocar en la evasión, la huida por los submuelles y, al fin, la tubería que empalmaba con el embalse oleoso y saturado de pestilencias ferruginosas!

Pero todo ello, por increíble y desorbitado que pareciese, habíase quebrado de golpe, con infernal rudeza.

Ahora, sin imaginarlo, poseían un aliado. Un hombrecillo achacoso y esquelético, de cara surcada por millones de arrugas que le daban apariencia momificada, y el cual presentóse a sí mismo bajo el nombre de Gmano.

En realidad, aquel nombre nada significaba para Melinda y Ready. No les sacaba de dudas en absoluto. Ignoraban su verdadera profesión y la dantesca especialidad genética que obsesionaba su vida.

Ni siquiera, a pesar de que él les confesó su velada participación en la exploroencefalia, sospecharon la pegajosa insistencia que empleó para tratar de interesar a Mwesk, el jefe de la organización policial planetaria a quien se otorgaba el tratamiento de Su Dignidad, en el revolucionario experimento mutante utilizando «sangre humana»[1].

Seguían en el corredor débilmente alumbrado que partía del embalse. En aquel lugar se les apareció el doctor Gmano, efectuando una portentosa «materialización» que pareció hacerle brotar en carne y hueso del aire mismo.

Melinda y Ready todavía no estaban repuestos de la sorpresa. Por ello miraban curiosamente a Gmano y a la pesada esfera, de un material semejante al mercurio, que sostenía en su diestra.

-Soy tu amigo -repitió el hombrecillo de ojos profundos y risita mordaz, echando hacia atrás una porción de su larga túnica púrpura-. Tu amigo... y el único habitante del planeta capaz de arriesgar la vida por ayudarte.

Un escalofrío incontenible recorrió la espalda de Melinda Kingman y Ready la abrazó con más fuerza, protector. Eran demasiadas emociones en pocas horas. Además, mientras no abandonasen aquel recinto lóbrego y húmedo, volviendo a gozar de la luz del sol, la muchacha se sentiría invadida por agobiantes temores.

-¿Cuál es el precio de esa ayuda? -preguntó Ready.

-¿Precio? -el viejo arrugado desgranó su risita-. No hablemos de precio. Ya dije que vine a salvaros.

-No logrará engañarme. Nadie da algo por nada.

-Yo sí -replicó Gmano suavemente.

-¿Por qué?

-Quieres saber demasiado, extranjero. ¿No te basta mi promesa? Os sacaré de aquí y podré llevaros a lugar seguro, donde permanecer a salvo de Su Dignidad. Ello retrasará la sentencia del Gran Regidor. ¿La conocías?

-No.

-De muerte. Ahora será... de vida. Gracias a mí.

-¿Qué ocurrirá después?

-Esperaremos a que transcurra el presente para alcanzar el futuro.

-¡Tengo que saberlo ahora!

Gmano movió desaprobadoramente la cabeza. Resultaba grotesca su apariencia, tan menudo e insignificante; pero en torno a él flotaba aquel aire siniestro que Melinda captó nada más verle y bajo cuya impresión seguía aún.

-Recuerda los registros vibrátiles -dijo después-. Tu voz los hará funcionar y los servidores de Mwesk darán con nuestro paradero. Hay que guardar silencio o hablar en susurros. Sólo de esta forma podremos salir de la refinería nacional.

-¿Es esto una refinería?

-Sí.

-¿Y el puerto que vimos allá abajo, bordeando el canal?

-Un lugar de abastecimiento desde donde se distribuyen óleos combustibles a todos los rincones del planeta. No te preocupes por ello. Calma tu curiosidad, extranjero. Y piensa en lo cerca que estuviste de morir. Yo sabía que escaparías, porque vi poderosos reflejos en tu mente cuando la sometimos al proceso exploroencefálico. No eres conformista ni resignado. Esto me decidió a inyectarte la droga que más tarde serviría para delatar tu paradero. Por fortuna, el efecto no había cesado todavía y pude encontrarte. Aún fluye una débil onda fácil de detectar.

-¿Podría ser detectada también por los soldados de Mwesk?

-Su Dignidad ignora mi previsora medida. No se atreverá a sospechar una cosa así. Desde luego, descubrirían tu posición... si empleasen el adecuado aparato detector. Aunque cada vez existen menos probabilidades, por la sencilla razón de que la «onda» se va debilitando y acabará por desaparecer.

-Esa bola brillante que sostiene en la mano es el aparato detector, ¿verdad?

-No -Gmano alzó la esfera y la exigua iluminación reflejóse vivamente en las pulidas superficies arrancando reflejos iridiscendentes. Esto es un «piloxón». El instrumento gracias al cual permanecí invisible mientras os hablaba y me «materialicé» al guardar tú la electropistola.

-¿Logra la invisibilidad? -se escandalizó Melinda.

-Sí.

-¡Asombroso!

-Es un procedimiento óptico, un fenómeno visual que borra la figura -el viejo volvió a mirar a Ready, desdeñando conversar con la mujer, a quien sin duda consideraba un ser inferior de la humanobiología terrícola-. Vosotros diríais que produce un espejismo; pero la invisibilidad resulta perfecta. No es posible descubrir al ser que emplea el «piloxón» a ojo desnudo. Sin embargo, hay que andarse con cuidado y no olvidar que la materia existe. El «piloxónico» continúa corpóreo y es fácil advertirlo por sus pisadas, por la respiración, por el simple contacto... -echó atrás la parte de túnica que resbalaba por su hombro-. Confía en mí, extranjero -concluyó.

Ready cruzó una breve mirada con Melinda. El violento choque de las emociones íbase suavizando y hasta se consideraban en condiciones de asimilar con plena cordura los sorprendentes sucesos de aquel mundo extraño. Todo allí era diferente a la Tierra. Diametralmente opuesto.

No obstante, con esa prodigiosa capacidad de adaptación que posee y distingue al género humano, los dos terrícolas comenzaban a sentir la serenidad de ánimo que, cual bienhechor lenitivo, retornaba a su espíritu.

Estaban en Venus. En el segundo planeta del Sol. Llegaron allí por un fenómeno de teleportación y nada ganarían obstinándose en lamentaciones.

Había que aceptar las consecuencias e improvisar un régimen de vida acorde con la situación. Tenían que resignarse, que extraer el máximo partido posible de las episódicas ventajas. Y aquello, la circunstancia de que Gmano se brindase espontáneamente a sacarles del atolladero, representaba una ventaja de las más notables que podían desear. Aparte, se hallaban a su merced. Una negativa equivaldría a que el hombrecillo les dejase enteramente a su albedrío, con lo que firmarían su sentencia de muerte.

Los pequeños soldados uniformados de azul recorrerían ansiosamente el canal, tratando de dar alcance a la lancha atómica que Ready puso en marcha para obligarles a seguir una pista falsa. Acaso, habían descubierto ya que a bordo de la misma no se encontraban los evadidos. Regresarían a los muelles y empezaría la investigación a fondo, minuciosa. Entonces, seguirían el camino señalado por los registros vibrátiles... ¡y les cazarían sin remisión!

Otra vez prisioneros. De nuevo en poder de Mwesk y sintiendo suspendida sobre su vida la amenaza letal del Gran Regidor. Ready sacudió negativamente la cabeza. ¡No podían desaprovechar la ocasión que Gmano les brindaba con el «piloxón» y su actitud francamente benefactora! ¡Aceptarían la ayuda!

Estas reflexiones no le ocuparon más tiempo que un par de segundos. Durante ellos, el viejo rugoso y de estereotipada sonrisa le estuvo

observando atentamente. Melinda había dejado de sentirse estremecida por temblores. Hasta sus lindos ojos perdieron la redondez desorbitada que causaban tan insuperables y sucesivos acontecimientos.

-Conforme -respondió el joven-. Voy a confiar en usted, Gmano. Pero le advierto una cosa: ¡Si lo que trata es de hacernos una jugarreta, le juro que...!

-No temas, extranjero. ¿Me habría molestado de esta forma si pretendiese causaros daño? Sólo yo puedo darte la oportunidad de escapar de aquí y procurarte un seguro refugio. Mwesk te encontraría en seguida. No podrías dar un paso por la ciudad. A todos los habitantes les sorprendería tu gigantesco aspecto y serían los primeros en comunicarlo a los soldados de seguridad. Caerían sobre ti igual que una nube de polvo del desierto.

-Bien. No hablemos más. ¿A dónde nos llevará?

-A un refugio -repitió el doctor Gmano ambiguamente-. Al único donde jamás os encontraría Mwesk.

-En marcha, pues -decidió Ready, tomando a Melinda del brazo-. ¡Guíenos!

El viejo venusiano asintió. Con la túnica ocultó la reluciente esfera y elevó sus ojillos hasta alcanzar los del hombre.

-De momento -explicó -aún no necesitamos usar el «piloxón». Lo emplearemos cuando aparezcan criaturas inteligentes. Yo lo pondré en funcionamiento y te alargaré la mano para que la cojas. Aprieta fuerte. Tú debes hacer lo mismo con ella, extranjero -agregó, señalando a Melinda brevemente-. La «invis», o corriente inductora, pasará del uno al otro, y los tres quedaremos «piloxónicos». De vuestra prudencia y cooperación dependerá que nadie nos pueda advertir.

-Así lo haremos -prometió Ready.

-Vamos. Pisad donde yo pise y haced lo que yo haga. Al final del corredor están los aspiradores tubulares, que nosotros llamamos «proxmek». Trataré de dar a las cosas un nombre adecuado a vuestra mentalidad foránea. Los «proxmek» nos llevarán a la superficie o nivel planetal. A la salida de la gran refinería. Prestad atención.

Se pusieron en camino, avanzando a lo largo del penumbroso corredor. A medida que se alejaban del embalse, aumentando la distancia, el característico olor ferruginoso fue desapareciendo y el gorgoteo de las tuberías dejóse de oír. ¡Qué alivio para la atormentada Melinda!

Renació la calma. El intenso silencio, apenas turbado por el roce leve de los pasos y el suspirar de las respiraciones, les hizo mucho bien.

El corredor no era muy largo. Unos quince metros después empezó a ensancharse y las paredes, antes lisas, se vieron ahora adornadas con ruedas y timones de extraño aspecto. Algunas esferas marcaban mediciones de

signos en vez de cifras. Melinda y Ready lo observaban todo con marcado interés.

Si algún día regresaban a la Tierra tendrían muchas cosas que contar... cosas que no serían creídas por nadie, claro, y que solo podrían servir para que les tomasen por locos.

Gmano, que abría la marcha con su pausado y corto caminar, señaló entonces una hilera de orificios blancos situados al pie de la pared, en grupos de tres.

-Registros vibrátiles -advirtió-. Pisad de puntillas y contened la respiración.

Los terrestres obedecieron. ¡Qué fascinante aventura! Seguían sin hallar señales de seres vivos pero, teniendo en cuenta la presencia de los vibrorregistros, resultaba fácil comprender el motivo de la falta. En realidad, eran muy inteligentes aquellas criaturas cuya altura media solo alcanzaba los noventa o noventa y cinco centímetros.

Habían sabido crear un mundo vivo, superadelantado y vanguardista, a cubierto de las miradas indiscretas de los restantes astros habitados del Sistema Solar. Sin proponérselo, recordó las incisivas palabras de Mwesk. Ellas encerraban el mensaje total de su política un tanto ostracista.

-Los científicos terrestres «sólo» conocen nuestras capas atmosféricas del exterior. Sus telescopios son impotentes para atravesarlas. Esas capas superiores, que nosotros llamamos protectoras, nos sirven de disfraz. Mientras no se acerquen con sus naves, Venus seguirá siendo para ellos un misterio, porque la densidad gaseosa impide la exacta exploración telescópica...

Y esto sólo era una parte ínfima de lo «mucho» que había dicho. ¡Qué bien informados estaban los venusianos respecto a la Tierra! Debía ser gracias a sus eficaces «platillos volantes». Ahora, sabía infinidad de cosas. ¿Podría contarlo alguna vez? ¿Volverían a su planeta de origen, a la trastienda del anticuario Ben Kingman? ¡Qué lejos parecía todo! ¡Perdido en la sima profunda del espacio-tiempo!

Quizá el viejo doctor Gmano, pese a su aire de geniecillo maléfico, les prestaba una ayuda que resultaría valiosa en extremo. Acaso era lo único plácido y reconfortable de la extraordinaria pesadilla. Puede que tuviesen que venerar su memoria, a pesar de la desconfianza y prevención con que acogieron su casi sobrenatural presencia.

Los registros vibrátiles quedaron atrás. Pudieron ya respirar con alivio y Gmano, fiel a su tortuosa sicología, desgranó la risita socarrona que tanto alteraba los nervios de Melinda.

-Es... es siniestro -musitó, muy pegada a Ready-. No consigo hacerme a la idea de que trata de ayudamos.

-Tranquilízate, Mel -aconsejó el hombre-. Si sus planes no nos gustan,

siempre habrá ocasión de desbaratarlos. Hemos corrido muchos peligros y esta pausa nos era necesaria. Tomemos alientos. Además, hasta ahora, no demuestra intenciones hostiles. Por lo menos, él conoce el terreno a la perfección. Recuerda los apuros que pasamos en los submuelles y en el túnel. ¿Te gustaría volver a la incertidumbre? Gmano nos sacará de aquí. Aunque solo fuese por ello, deberíamos sentirnos agradecidos.

-Los aspiradores tubulares -anunció el viejo-. Ya estamos cerca de la libertad.

El corredor y su apéndice registrador habían terminado. Una pared grisácea se levantaba ante ellos. Aparentemente, no existía ningún camino viable.

Pero Ready pensó en la entrada levadiza de su antigua celda y en la abertura vertical que abrió la nave de la patrulla de venusianos que les salvó de morir entre las garras de los saurópodos. En aquel mundo fantástico, la electrónica, la termodinámica y la física nuclear aplicada habían alcanzado tal grado de perfección que todo se accionaba por mecanismo extrafísicos.

No se equivocó. Gmano plantóse frente a la pared. No hizo el menor movimiento. Tal vez actuó un juego de células fotoeléctricas o un sistema de átomo-activación corpórea. Jamás lo sabrían.

La pared, en silencio, deslizóse a un lado. Un hueco ancho, parecido a una hornacina común aunque de un tamaño suficiente para contener a uno o dos de los menudos pobladores de Venus, quedó al descubierto. Al fondo del muro interior, fosforescentes, destacaban cuatro teclas parecidas a las de un piano.

-Son los aspiromandos -dijo Gmano, consciente de su perplejidad-. El manejo es sencillo. Yo entraré el primero. Oprimiré el último, el más alto, y seré aspirado por el tubo hasta el límite ascensional. Después, me seguiréis vosotros. Os recomiendo que lo hagáis por separado, debido al gran tamaño. No os asustéis. Los aspiradores tubulares producen una sensación de ahogo. Contened la respiración. ¿Entendido?

-Sí -afirmó Ready.

-Arriba nos reuniremos. A partir de entonces, el «piloxón» nos será muy útil.

El viejo rió por lo bajo y fue a introducirse en la cavidad. La fuerte mano de Ready, cayendo sobre su hombro, detuvo el movimiento.

-Juegue limpio -pidió el terrestre-. O de lo contrario, usaré la pistola para...

-No amenaces, extranjero -atajó Gmano con altivez-. Ya sé que receláis de mí. Tú y ella estáis llenos de absurdas sospechas. No temas. He venido a salvaros.

-Le conviene. Destrozaría su cabeza igual que quien aplasta una nuez.

-No sé lo que significa nuez. Pero mi cabeza es dura, extranjero.

Los ojillos del viejo reflejaron seguridad. Sacudiendo el hombro, se desprendió de la mano opresora y murmuró un par de frases sofocadas en el incomprensible y tajante idioma secundino. Luego, sin prisa, entró en el agujero y ambos terrestres le vieron llevar la mano hasta la cuarta tecla.

Lo que ocurrió a continuación no acertaron a describirlo, Fue súbito y relampagueante. Un movimiento cegador que se produjo tras un zumbido centrífugo y la desaparición del venusiano... ¡igual que absorbido por un colosal aspirador situado encima de su cabeza! Sencillamente... ¡«se esfumó hacia arriba»!

-¿Lo viste, Ready?

-Sí. No hay cuidado. Calma esos nervios, por favor. Todo nos resulta nuevo y sorprendente, pequeña... y hemos de esforzarnos en sobrellevar las sensaciones. Desde el momento que él ha entrado primero, para alentarnos con su ejemplo, no encierra ningún peligro. Piensa en la libertad. Pronto dejaremos atrás tantos horrores.

-Tengo miedo. ¡No puedo remediarlo, querido! Ese hombrecillo ridículo ha de perseguir algo turbio. ¡Algo trágico para nosotros!

-Tal vez; pero... ¿qué otra solución nos queda aparte de seguirle? No hay escapatoria. Estamos con él... o contra el. A su lado nos aguarda, quizá, un peligro no determinado. Un peligro que... bien pudiera ser imaginativo. Pero enfrentándonos a él, tenemos encima mil peligros ciertos, reales del todo, Mel. Nosotros solos no podemos luchar contra la totalidad del planeta...

Las lágrimas humedecieron los preciosos ojos de la muchacha. Abatió la cabecita sumisamente, aplastada por tantas tribulaciones a las que no conseguía dominar. Ready, compadecido, la atrajo hacia sí ganado por un cariñoso arranque y besó sus labios de fresa, deseando darle alientos para que no desmayase.

Entonces, cesando el zumbido, las cuatro teclas fosforecieron de nuevo en el muro de la cavidad y los terrícolas comprendieron que Gmano había alcanzado su destino.

-Ya está arriba -murmuró Ready-. Aguardándonos. Yo subiré primero, ¿quieres?

-¡No me dejes sola! ¡No me dejes o...!

-¡Melinda! -Ready volvió a besarla-. ¡Oh, criatura! Has de ser consecuente y hacerte cargo de las cosas. No llores. ¿Dónde está tu valor? Mírame a los ojos.

-Ready... yo... -se enjugó las lágrimas con las yemas de los dedos-. Bueno -suspiró-. Ha pasado ya lo peor. Perdóname.

-Así me gusta. ¿Recuerdas bien las instrucciones? Has de oprimir la cuarta tecla...

-Sí. Ve tú, querido. ¡Ahora mismo estaremos otra vez juntos!

-No tardes. Me he acostumbrado a tu presencia de un modo... que ya no me es posible vivir sin ti.

-¿De veras, Ready?

-Lo sabes bien, pequeña.

Melinda asintió con ilusión. Aquella palabra -«pequeña»- tenía la virtud de emocionarla siempre, acaso por la multitud de recuerdos gratos que traía a su memoria. Recuerdos de la Tierra. De un lugar tan remoto como «si no hubiese existido nunca». Pero existía Ready la llevaría de nuevo allí. Lo había prometido.

El joven le dedicó una sonrisa, igual que aprobando sus íntimos pensamientos. Acto seguido, entró en el aspirador tubular, almacenó aliento en los pulmones y pulsó la tecla. ¡ZAMMPPP...! Fue igual que si un remolino gigantesco le engullese vertiginosamente, chupando de él «hacia arriba».

Notó la sensación de ahogo a que Gmano habíase referido y trató de vencer las náuseas que el misterioso vértigo le producía. Afortunadamente, el malestar duró brevísimo tiempo. Unos segundos.

La deceleración se manifestó con igual rapidez que antes la portentosa succión aspiradora. El aire dejó de gruñir en sus oídos. Quedó inmóvil. Expulsó la contenida bocanada de aliento y apoyó ambas manos en el muro, para estabilizar el traspié causado por la violenta detención.

-Sal -dijo el rugoso venusiano, sonriéndole-. Y no hagas ruido. A nuestro lado se encuentra la antesala del Control.

Ready, tambaleándose aún, abandonó la oquedad. En seguida, percibió sensaciones nuevas. Alentadoras.

Un lugar amplio, rectilíneo, espejeante como si sus paredes fuesen de pulido mármol. Más luz. Frescura ambiental.

Las penumbras y la pesadez que les perseguían desde que abandonaron la celda y burlaron a la patrulla encargada de conducirles ante el Gran Regidor parecían, al fin, eliminadas. Sin duda, y pese a sus temores, el viejo Gmano actuaba de buena fe.

No pudo dedicar más de medio minuto a sus personales reflexiones, porque Melinda, cumplido el meteórico viaje, salía ya del aspirador tubular pálida y desencajada.

-¡Creí... que iba a asfixiarme! -jadeó.

-¡Ssss...! -ordenó Ready poniéndole el dedo sobre los labios-. Guarda silencio. Estamos próximos a la salida.

El genético corroboró las palabras de Ready Porter con un afirmativo movimiento de cabeza. Se hallaba presionando las azogadas superficies de la esfera y un relumbre plateado escapaba del epicentro, igual que una brasa incolora llameando en una bola de material transparente. El

«piloxón» comenzaba a funcionar.

-No volveremos a hablarnos hasta llegar al templo -murmuró.

-¿Qué templo?

-Ya lo verás, extranjero. Allí acudirá uno de mis servidores a recogernos. No olvidéis que las manos han de apretarse bien fuerte, puesto que así obtendremos la totalidad «piloxónica», o invisibilidad, como llamaríais vosotros. Será ésta una experiencia que nunca viviríais en vuestro pobre mundo. Nosotros nos veremos de forma difusa; pero los demás no podrán captamos ópticamente. Cuidado con rozarlos. ¡Entonces notarían la presencia «material»!

El hombrecillo alargó su mano izquierda y Ready, comprendiendo el mudo ademán, la estrechó con vigor. También Melinda hizo lo mismo con la que el terrestre le ofrecía; de forma que quedaron sujetos, completando una cadena viviente compuesta por tres desiguales eslabones.

Una especie de río caliente, una inducción electrosanguínea que daba inusitado calor a sus venas, traspasó a Ready penetrando desde los dedos de Gmano y saliendo por los de Melinda. Debía tratarse de la «invis», o corriente inductora.

Deseando comprobar el efecto que semejante fenómeno causaba en la muchacha, se volvió a mirarla... ¡pero ella era solo una mancha borrosa, un trazo difuminado y carente de perfiles!

Daba la impresión de ser contemplada a través de un fantasmagórico juego de luces. La mano del viejo, tironeando, diole a entender que comenzaba la marcha hacia la libertad. Repitió el tirón para que Melinda quedase avisada y juntos, caminando al lento compás que marcaba el venusiano, se alejaron del aspirador tubular.

A travesaron la espaciosa y rectilínea sala. Partiendo de un lateral se iniciaba una rampa de reducidas dimensiones, algo así como una hermana gemela de la que coronaron poco antes de entrar en el subpuerto de distribución, construida también con material de naturaleza diamantina.

Nada más descenderla se encontraron en un inmenso anfiteatro, un circular espacio rodeado de canales ocupados por multitud de venusianos enfrascados en su trabajo, que a Ready le pareció la materialización, en fantástico, de un antiquísimo circo romano. ¡Allí se veían cientos de hombrecillos atareados! ¿Sería posible que lograsen pasar entre ellos «sin ser vistos»?

De nuevo, ahora excitado, el terrícola se volvió a mirar a Melinda. Un manchón difuso, un trazo fantasmal... Eso es lo que era. Exactamente lo mismo podía decir de Gmano.

El «piloxón» funcionaba a maravilla. Y ellos continuaban caminando, avanzando por el amplísimo «circo», en donde obreros especializados manejaban los controles de la vastísima dependencia por la que estuvieron

vagando varias horas.

Todo resultaba increíble. Superfantástico. La mente humana se negaba a asimilar tamaña situación. Pero era la realidad. La estaban viviendo. Pasaban por debajo de los canales circulares mientras los operarios, ajenos por completo, no se dignaban ni dirigir una ocasional mirada al suelo que pisaban.

No hubo contratiempos. No se produjo ni la menor incidencia. Tras los Controles Generales, un amplio pórtico desembocaba en el exterior. ¡En plena calle!

Melinda y Ready se miraron. A pesar de no poder distinguir sus rostros, ambos, ganados por la satisfacción, sonrieron alegremente. Gmano no les había engañado. ¡Aquello era libertad! ¡Habían dejado atrás las penurias del subsuelo!

CAPÍTULO II
PILOXÓNICOS

Era una avenida ancha, vertiginosa y llena de vida. Una arteria ciudadana de primer orden, donde todo resultaba más familiar a sus ojos de terrestres.

Los venusianos pasaban por su lado, de pie en las aceras rodantes que corrían igual que cintas maravillosas, y el centro de la calle rebosaba de vehículos semiesféricos, poligonales, achatados o casi planos. Abundaban los jardines y tal circunstancia, aunque ya la conocían, volvió a llamarles la atención.

Cerca o lejos resaltaban los exuberantes macizos vegetales, trayendo a su memoria las impresiones de la jungla ecuatorial que conocieron antes. Era la ciudad. La ciudad extraordinaria que vieron, a lo lejos, desde la cúpula polarizadora el mismo día de su llegada.

Aquella cúpula, perdida en lo alto, resultaba igual que un cielo sintético que les otorgase luz y calor, pero filtrando la potencia abrasante del Sol, cuatro veces más grande -sobre ser el mismo- que visto desde la Tierra.

Permanecían cogidos de las manos, formando la salvadora cadena que les convertía en «piloxónicos». El ruido del exterior evitaba que adoptasen extremas precauciones y, por lo menos, les quedaba el recurso de hablar.

De no ser por la inexplicable sensación que producía el hecho de verse igual que a espíritus deshumanizados, semiflotantes en aquel panorama inverosímil. Melinda y Ready habríanse sentido aliviados de todos los temores.

-¡Es superior a la imaginación misma! -se maravilló la joven-. Y nosotros aquí... ¡sin que nos vean!

-Cuidado. Fíjate bien donde pisas y procura, en todo momento, no rozar a nadie. ¿Cuál es el camino a seguir, Gmano?

-Vamos a saltar sobre una de las «movocintas»... es decir, lo que llamaríais una acera rodante -respondió-. Cuando yo dé la señal, todos arriba... ¡sin soltarse jamás de las manos! Si la «invis» queda interrumpida un instante, el que haya aflojado la presión se hará visible. Aunque vosotros lo ignoráis, Mwesk, a quien llamamos Su Dignidad, es poderosísimo y dirige el Organismo Planetario de Seguridad. Cuenta con miles de senadores, algunos de los cuales patrullarán por las calles. ¡Nos detendrían a todos en seguida!

-Comprendo. Aún no le he dado las gracias y quisiera hacerlo...

-Habrá tiempo más tarde, extranjero. De momento, todavía no podemos considerarnos a salvo.

Anduvieron unos pasos, lo justo para colocarse cerca de una de las «movocintas», o aceras animadas de vida, que rezongaba a poca distancia

de los tres.

Los venusianos se servían de ellas para trasladarse de un lugar a otro de la inmensa urbe. El viejo aguardó, desgranando su peculiar risita que ahora sonaba más tétrica al no alcanzar a ver su rostro, sin duda deseando aprovechar la oportunidad de un claro. La ocasión no tardó en presentarse.

-¡Saltad! -ordenó, de pronto, tirando de la mano de Ready.

Los tres, como un solo hombre, aterrizaron sobre la blanda superficie de la «movocinta». ¡Parecía acolchada! Melinda dio un traspiés y estuvo a punto de caer de bruces; pero Ready la sostuvo por la mano, izándola, hasta que recuperó el equilibrio.

-¡Si llego a resbalar...! -exclamó con angustia.

-Yo no te hubiese soltado, Mel -tranquilizó el hombre-. Olvídalo. Hasta ahora todo nos sale a pedir de boca.

-Pero lo que no debéis olvidar es algo muy importante -intervino Gmano-. Los ciudadanos pueden subir a este trozo móvil, precisamente porque, al no vernos... lo consideran vacío. Si alguno salta, apretaos a mí, de modo que no entre en contacto con vuestros cuerpos.

-Así lo haremos. ¿A dónde nos llevará esta cinta?

-A las proximidades del templo, el Gran Santuario, un palacio valiosísimo en cuyos tronos se rinde culto a los dioses materiales.

-¿Dioses materiales? ¿A qué se refiere?

-A deidades que nosotros, los secundinos, hemos creado para glorificar los distintos aspectos de la vida.

-¿Hay otros, aparte de esos cómodamente inventados?

-Hay un Dios, sí. Una Divinidad Omnipotente e Inalcanzable, cuya influencia es más presentida que tangible. ¿Acaso, míseros terrestres, vosotros no tenéis ningún Dios?

-Sí. Uno... que también es más presentido que tangible. Celebro que en ese aspecto poseamos cierta unidad de criterio. Tal vez sea en lo único que coinciden nuestros mundos. ¿Por qué, precisamente, hemos de ir al templo?

-Creo habértelo dicho ya, extranjero. Uno de mis servidores nos recogerá y así os llevaré a vuestro futuro refugio.

-¿No podría haber venido a la refinería?

-Claro que no -contestó Gmano, vuelto de espaldas a los terrícolas, ya que su atención estaba más pendiente de cuanto les rodeaba que de la conversación-. La refinería tiene varias salidas y hubiese sido un error designar de antemano cualquiera de ellas. La onda detectora que marcaba la droga, indicaba que tú estabas dentro; pero según el lugar donde te hallase, escogería la salida más próxima. Por eso preferí fijar el punto de la cita en el templo. Yo acudiría una vez os hubiese rescatado.

-Muy inteligente -aprobó Ready-. Tiene usted cerebro, Gmano. Ha previsto hasta...

-¡Cuidado! -cuchicheó el viejo-. ¡Tira de la mujer!

Formuló su imperativa advertencia en un momento muy oportuno, porque Ready y Melinda, embelesados con el multicolor espectáculo que se les ofrecía por doquier, habían olvidado la elemental medida de permanecer alertas. ¡Y ellos eran invisibles! Cualquier ciudadano tomaría la «movocinta» ajeno a que se hallaba ocupada por otros seres perfectamente materiales, pese a su inexistencia óptica.

Esto era, en efecto, lo que acababa de ocurrir. Un venusiano espigado y saltarín, tan apigmeado como sus congéneres, brincó al pasar la acera rodante frente a él y el impulso le llevó directamente a la porción de terreno que ocupaba Melinda.

La mano de Ready tiró furiosamente para atraería hacia sí y dejar sitio al recién llegado. ¡Maldición! Pese al esfuerzo del terrestre, el pecho del hombrecillo... ¡chocó con la espalda de Mel!

-«Mnnnsss...» -exclamó en su lengua tartajeante, al tiempo que vacilaba sobre los pies por efectos del encontronazo.

La expresión de superlativo estupor que reflejóse en su cara habría originado las carcajadas de los terrícolas a no ser por las desdichadas consecuencias que el suceso aparentemente trivial podía tener para ellos. Antes de que lograse reponerse de la sorpresa, todavía danzando sobre un pie, alargó los brazos en ademán instintivo... ¡y se aferró a la joven!

-¡Ready! -gritó ella, aterrada-. ¡Me coge...!

-¡Dígale que calle! -ordenó Gmano-. ¡Nos detendrán a todos!

En vez de exigir lo ordenado, Ready actuó de modo bien distinto.

Ignoraba lo que el resto de la gente que circulaba por las otras aceras pensaría de aquel inexplicable acontecimiento... ¡pero no podía permitir que el hombrecillo se pegase a Melinda como una lapa!

Así pues, sin soltar la mano que transmitía «invis» a la muchacha, disparó la pierna rudamente y la punta del zapato se hincó en el desprotegido estómago del venusiano... ¡que salió despedido por los aires!

-¿Qué has hecho, loco? -jadeó Gmano-. ¡Ahora todos comprenderán la verdad!

-No me importa. ¡Era el único modo de vernos libres de él! -replicó, mientras Melinda hundía la cabeza en su amplio pecho para sofocar los sollozos.

El pigmeo dio de bruces en el suelo y rodó hasta casi el centro de la calle. Los aerodinámicos vehículos se detuvieron en seco para no arrollarle y reducirle a pulpa. Un clamor de asombro e indignación pareció brotar del mismo centro de la tierra. En pocos segundos, una multitud integrada por los hormigueantes enanos rodearon al caído y la extraordinaria versión de lo ocurrido corrió de boca en boca. ¡La indignación creció avasalladoramente!

-¡Has obrado mal, extranjero! -insistió Gmano-. ¡Nunca debiste hacerlo!

-¿Por qué no? Melinda estaba atrapada por él y no habría tardado en dar la alarma...

-Yo lo hubiese paralizado con un fuerte «shock» hipnótico. Jamás hubiera sabido la verdad. Así... ¡la alarma ya ha sido sembrada y los servidores de Su Dignidad no tardarán en comprender que os encontráis en esta parte de la ciudad! ¡Insensato!

-¿Tan raro es que un viandante caiga de las «movocintas»?

-¡Es imposible caer! Están provistas de un sistema magnético. La sensación de blandura la producen los magnetoamortiguadores, que se adhieren como tirantes al cuerpo en suspensión.

-Pero... ¡pero Melinda estuvo a punto de desplomarse antes!

-No hubiese caído, te lo aseguro. El riesgo no se corre al subir, sino al bajar. Siempre hay que posar los pies encima de las planchas instaladas a este fin en las esquinas de la calle. ¡Pronto! ¡Ya han empezado a perseguirnos! El templo se encuentra lejos... ¡Saltad!

El doctor Gmano hablaba jadeante, ganado por una excitación febril que antes nunca manifestó. Ready volvió el rostro hacia atrás y pudo dirigir una ojeada veloz a la avenida.

Un zumbido ultrasónico, que estremecía las ondas atmosféricas y hacía palpitar los tímpanos, provenía del cuadrado aparato instalado en la parte superior de un puntiagudo vehículo azul. ¡Azul! ¿Qué significaba aquel característico color? No lo sabía; pero, por lo pronto... ¡también los soldados de Mwesk vestían uniformes de igual tono! ¿Acaso un automóvil policial? ¡Seguro!

Empezó a temer que, realmente, hubiese cometido una imprudencia fatal. La mano del viejo tiró de la suya, cuando dio la seca orden de saltar y él, a su vez, arrastró a la desorientada Melinda. No se hallaban próximos a ninguna esquina y, por lo tanto, no existían planchas de adhesión para neutralizar el empuje de la caída.

Gmano, el viejo y rugoso Gmano, pisó en falso al entrar en contacto con el suelo y se precipitó de cabeza. Ready, apretando los dientes y contorsionando el cuerpo, cayó de rodillas... ¡pero no aflojó la férrea presión de los dedos!

Melinda también se desplomó aparatosamente, aunque el brazo vigoroso del terrestre la retuvo a su lado. A pesar del golpe y la mala fortuna al saltar de la acera rodante... ¡la cadena no estaba deshecha y la corriente «invis» seguía estableciendo inducción desde el «piloxón» a la empavorecida joven!

El vehículo puntiagudo cruzó espantosamente rápido a pocos centímetros de la cabeza del genético y los ultrasónicos repicaron en los

oídos de los fugitivos de una forma casi física. Ready aún tuvo tiempo de advertir los tres irregulares signos que resaltaban en la trasera, mientras ayudaba al venusiano y a Melinda a ponerse de pie.

-¿Era un vehículo de la policía? -Preguntó.

-Sí -dijo Gmano volviendo hacia él la borrosa pincelada de la faz-. ¿No viste los símbolos grabados? Significan Organismo Planetario de Seguridad. ¡Nos hemos salvado de una buena, extranjero!

-¿A dónde van?

-A detener la «movocinta». Interrogarán a cuantos viajan en ella y analizarán el pedazo que nosotros ocupamos. No tardarán demasiado tiempo en conocer la verdad.

-Pero nosotros la hemos abandonado...

-Y ha sido una suerte que tus brazos no deshiciesen los eslabones. Eres fuerte, terrestre. Yo creí que podría mantener el equilibrio a pesar de la ausencia de planchas; pero empiezo a sentirme viejo. Vayamos hacia aquel extremo. El templo nos pilla cerca.

-¿Estará aguardándonos su aliado?

-Eso espero. De lo contrario deberemos entrar en el templo y esperar junto a las grandes columnas del altar de la diosa.

-Bueno. Vámonos de aquí. Siento lo mismo que si miles de ojos me atravesaran... ¡a pesar de que no pueden verme! ¿Qué tal te encuentras, Mel?

-Muy bien. ¡Deseando que termine ésta pesadilla! ¡Hasta ser invisible es nefasto para nosotros en Venus, Ready!

-Pronto terminarán los conflictos, ¿verdad, Gmano?

-Pronto -gruñó el viejo-. Y te juro, extranjero, que lo ansío más que vosotros. Para mí puede empezar una era gloriosa -añadió en un susurro que los terrícolas no entendieron.

Sorteando vehículos, avanzando y retrocediendo en una pugna diabólica por defender su integridad que nadie respetaba debido a su categoría «piloxónica», Gmano les condujo al otro lado de la calle. El revuelo que había armado la acción de Ready adquiría proporciones escandalosas.

El vehículo acababa de frenar, en efecto, y varios hombrecillos uniformados -luciendo sus características pistolas cónicas- surgieron de él apresuradamente. La acera rodante dejó de funcionar. ¡Un enjambre de ciudadanos rodeaban el sector que se consideraba ocupado por los causantes de tamaña alteración! De haber seguido sobre la «movocinta» era indudable, como dijo Gmano... ¡que les habrían detenido sin remisión!

Los fugitivos, empero, se encontraban ya al otro lado de la avenida, afanados en esquivar a los peatones que corrían en dirección al tumulto. No lejos de allí, alzando su aspecto imponente de mole colosal, se erguía el

templo. Era un edificio de piedra negra, sencillamente fastuoso, cuya arquitectura resultaba incasillable para los terrestres.

Altísimas agujas, como tubos de órgano, apuntaban al hermoso cielo cupular. Pórticos de metal macizo, inmensos, adornaban las puertas de entrada, ornamentadas con los más dispares malabarismos. Porciones centelleantes. Arcos geométricos de gran riqueza. Una suntuosidad y grandeza, en suma, como jamás ojos humanos contemplaron antes.

-Entremos -dijo Gmano-. Mi servidor aún no ha venido.

-¿Cómo lo sabe?

-Mi turbomatox rojo coral destacaría de entre los restantes del aeroespacio -indicó el viejo, señalando una plataforma que parecía suspendida del aire, donde se veían un centenar de heteróclitos vehículos-. Pasad. ¡Aprisa! No quiero tropezar con nadie y es la hora del rito mixto.

El interior del Gran Santuario anonadaba por su grandeza. Debía ser de unas dimensiones inconcebibles, ya que no conseguían abarcarlo en su totalidad con la vista. Las naves inmensas, atiborradas de una multitud férvida que yacía con la cabeza apoyada en las losas del suelo, aturdían e impresionaban.

Un colmeneo de rezos, a verdaderas oleadas sónicas, estremecía en resonancias los vastos altares. El lujo y la riqueza se aunaban en un extraño misticismo, mezcla de burla y respeto, hinchándose en flujos oratorios que comunicaban una sensación opiada de adormecimiento. Aquello era esplendoroso y, a la vez, como un ataque de psicopatía colectiva.

Una suave iluminación ultravioleta presidía el exótico templo de los dioses materiales. Pero Ready no alcanzó a averiguar de donde procedía la luz. Sabía que las lámparas comunes que producen rayos ultraviolados son a mercurio. Allí, sin embargo, se hubiese dicho que los haces luminosos difundíanse directamente del suelo, filtrando destellos a través del enladrillado versiforme. Perfumes indefinibles, voces y músicas se fundían en un complejo ensortijado que emanaba de todo y por todos.

Los dioses -gigantescas figuras doradas ocupando lo alto de amplísimos tronos- contemplaban con cara inescrutable el fervor religioso de la turba humillada y rendida a sus pies. Vaharadas de un olor inciensado. Efluvios de carne sudorosa, estrujada entre la masa. Un paganismo brutal y fanático. Algo que poseía el encanallamiento salvaje del horror. Indescriptible. Pegajoso. Aplastante y ruin, que repelía y atraía paradójicamente con la potencia de una corriente magnética.

El altar de la Diosa Jowa -uno de los más espaciosos- ocupaba el ala cercana a la puerta. Las columnas que mantenían en alto el pedestal de piedra blanca como la nieve, se elevaban con orgulloso poderío, macizas, de un grosor equivalente a diez hombres abrazados.

Hacia allí dirigieron sus pasos, cuidando de no pisar a los extasiados

adoradores que mantenían su posición casi tumbada en el suelo. El trono, dos veces mayor que la Estatua de la Libertad neoyorquina, mostraba una figura de mujer desnuda, construida totalmente de durísimo «venusio», con los brazos extendidos en actitud protectora.

-La Diosa Jowa -explicó innecesariamente Gmano.

-La conocemos -asintió Ready-. No guardo muy buen recuerdo da ella. Ni Melinda tampoco.

-Es cierto. El teleportador encerrado dentro de su imagen fue quien os trajo a Secundus. Jowa es nuestra deidad del Espacio Exterior, la protectora y guía de astronautas cósmicos -añadió, con sentida veneración-. Aquel trono de la derecha corresponde al Dios Atox, benefactor de la paz. Al fondo, podéis ver el altar de Jáurenos, divinidad del combate y las conquistas. El agujero abierto debajo es el foso de los sacrificios, donde se arrojan presentes y ofrendas de agradecimiento. Va a comenzar el rito mixto.

-¿Hemos de presenciarlo?

-No. Vayamos al punto de la cita. Mi servidor estará al llegar -se detuvo un instante, para agregar después con voz tensa-. Extremad las precauciones, porque cuando suene el cántico salvador dará principio la danza. ¡Que nadie os toque, extranjeros!

Por primera vez el aviso de Gmano llegó un poco tarde Un trueno apagado, rebullente y cadencioso, tomó cuerno entonces brotando de miles de gargantas. ¡El cántico salvador! Las figurillas postradas, ebrias de enfervorizado deleite, elevaron las cabezas y se incorporaron. Una extraña cadencia hizo ondular a los fieles igual que un prieto trigal cuyas espigas se moviesen mecidas por el viento.

Era la danza. El éxtasis del rito mixto. El complemento colorista y atronador de las ofrendas que se arrojaban al foso de los sacrificios del Dios Jáurenos.

Las voces subieron de tono. Un río sonoro, un torrente desatado que borboteaba entre escalas agudísimas cual chorro de agua rebotando de peñascal, azotó el templo hasta sus cimientos. Resultaba impresionante la bárbara manifestación, no solo por el canto, sino por las contorsiones y cabriolas de la danza.

Los enanos de Venus, ganados por el calor frenético de sus múltiples religiones, se retorcían de placer en alocados giros y equilibrios. Gemían. Entornaban los ojos. Se pisoteaban entre sí, suspirando de gozo. ¡Tamaña barbarie sólo podía encontrarse en la Tierra a cargo de algunas tribus primitivas del corazón africano!

A pesar de que las columnas se encontraban muy cerca, aquella inquieta legión de fanáticos se oponía a su paso, creando una espumeante barrera de cuerpecillos trémulos. Gmano, jadeante, iba ganando terreno y

aprovechando las brechas para acortar la distancia existente entre ellos y el altar de Jowa. Sudaban. Dolían ya los brazos y las manos. ¡Qué terrible es ser invisible para los demás!

Todo ocurrió en un instante. El tropel de criaturas danzantes les rodeó de improviso, ajenos a su presencia... ¡pero se produjo un sorpresivo choque de creyentes contra «invisibilidad material»! Algunas caras descompusieron la estática expresión. Sonaron quejas entre el ritmo borbollante del cántico.

-¡No os mováis! -rezongó el viejo-. ¡Ellos están embriagados por el fervor del rito!

Permanecieron inmóviles. Melinda sofocó un grito. Ready soportó con estoicismo el golpe de una pequeña rodilla contra su rostro. Los dementes que adoraban a Jáurenos ensancharon los círculos y siguieron brincando, estirándose, borrachos de fe y placer.

-¡Quietos! -insistió Gmano-. ¡Un instante más! ¡Apenas lo advertirán si aguantamos sus golpes en silencio!

Ready se mordió los labios. Melinda sollozaba para sí. Debían estar rozando el borde de la locura. ¡Venus! ¡Maldito planeta de incesantes desdichas!

¿Por qué el destino fatal les eligió a ellos para sufrir tales experiencias increíbles? ¿Cómo empezó todo? Un meteorito, una explosión que asoló varias ciudades de South Dakota, la estatuilla de «venusio»... ¡Qué lejos se hallaban los días terrestres! ¡Qué lejos... y qué utópicos!

-Adelante, extranjeros. Un pequeño esfuerzo... ¡El altar está cerca!

Los círculos bailoteantes volvían a ensancharse. ¡Se abrían claros en las epilépticas filas! Palmo a palmo, aprovechando cada resquicio, el viejo navegó entre el embravecido océano de paranoicos exaltados, mientras Ready maldecía a todos los falsos dioses materiales de Venus con cruel ferocidad.

Un traspiés de Melinda, un golpeteo contra la columna más próxima y, al fin... ¡el altar de Jowa, deidad del Espacio Exterior! Habían llegado. ¡HABIAN LLEGADO!

Sintieron incontenibles deseos de gritarlo a todo pulmón, interrumpiendo la canción idiota con alaridos triunfales. Pero no gritaron. Volvieron a tragar su júbilo, a amordazarlo una vez más, igual que si la despiadada lucha por la libertad hubiese curtido sus sentimientos y acartonado sus emociones.

Las enormes columnas, rodeadas de sombras y casi desiertas, constituían ciertamente un seguro refugio. Gmano, respirando sofocadamente, se apoyó en una de ellas. Separó los entumecidos dedos de la tenaza sólida de Ready, frotándoselos contra la túnica. Dejó en el suelo el «piloxón», la esfera azogada e iridiscente.

-Descansemos -suspiró-. Aquí no nos verán.

La «invis» quedó interrumpida. Melinda, llorosa, buscó los ojos del terrestre y él, contemplándola sin trabas, la halló más bonita que nunca. Nada de manchas difusas. Nada de borrones. Ahora podían verse cara a cara, como antes.

-¡Mel!

-¡Querido! -exclamó ella, abrazándole ansiosamente.

-Bcccmm... -canturreó una vocecilla sibilante a su lado.

Ready crispó los puños y apartó a la muchacha con ferocidad. Ella se estremeció de pies a cabeza, horripilada por el sonido chascante que tan bien conocían. ¡Un venusiano! ¡Un hombrecillo maligno que podría descubrirles y firmar su sentencia de muerte si daba la alarma!

Las fuertes manos de Ready atraparon al enano y lo alzaron en vilo, potentes, aplastándolo contra la gruesa columna, dispuesto a estrangularlo sin piedad... ¡A despedazarlo!

-¡Detente, extranjero! -ordenó Gmano-. Y no temas. Es mi servidor... que ha venido para ofrecernos la libertad.

CAPÍTULO III
EL REFUGIO

Libertad. Eso era lo que Gmano prometió.

LIBERTAD. ¡Ansiada y bendita palabra! ¡Serían libres!

Se acabó el subterráneo tenebroso, las prisas incesantes, el horror de aquel templo inmenso ocupado por un enjambre de sicóticos poseídos de fe irracional... ¡Todo quedaría atrás dentro de poco, relegado al pasado, en una proyección absurda que se alejaba del presente... y del futuro!

Su futuro. ¿Cuál iba a ser el futuro de los terrícolas en aquel mundo inverosímil? ¡Hubiesen dado años de vida por conocerlo!

Sin embargo, el porvenir se ocultaba tras el telón neblinoso del más allá, cubierto por la pátina del misterio y la inquietud. Nadie, ni siquiera el ahora sonriente Gmano, alcanzaría a revelarlo. Aunque, tal vez -y puestos a pensar mal- el rugoso hombrecillo tenía en su poder la llave que lograría abrir la cercana capa del futuro inmediato.

En realidad... ¿cuáles eran sus propósitos? ¿Por qué arriesgó la vida salvándoles de las garras de Mwesk? ¿Qué fines inconfesables perseguía? «Nadie da algo por nada». Y esto, Ready Porter lo sabía perfectamente bien.

Las atroces reflexiones ocupaban su mente, atronándola con resonancias dramáticas, mientras devoraban velozmente la distancia a bordo del turbomatox rojo coral propiedad del genético.

Desde que el medroso Pean -el leal servidor de Gmano a quien Ready estuvo a punto de aniquilar- hizo su sigilosa aparición el cariz de las cosas varió radicalmente.

Tenía afuera el vehículo, aguardándoles. Sólo les restó esperar a que finalizase el cántico y la última ofrenda cayera al fondo del foso. Una avalancha mansa y rumorosa de venusianos abandonó el templo y tras ellos, libres de opresiones, lo hicieron los fugitivos y sus inopinados salvadores. Ahora, acomodados en la divisoria posterior del turbomatox, corrían rápidamente en pos de la segura libertad.

Gmano y Pean iban delante. Conducía el servidor del viejo. A su espalda, suspirando de alivio, Melinda se acurrucaba junto a Ready, entrelazando los dedos en su mano izquierda, mientras centelleante, sostenía el «piloxón».

Para sus ojos, eran dos manchas informes, veladas. Gmano y Pean no podían verles, debido a su actual estado «piloxónico». Cualquier observador curioso que hubiese escrutado el paso del rápido bólido, solo habría acertado a descubrir dos ocupantes. El asiento posterior, por más que aguzase la vista, «aparecía» vacío.

-No acabo de creerlo -murmuró Melinda en tono vacuo, igual que

expresando en voz alta sus recónditos pensamientos-. Es como despertar a la tranquilidad después de un amargo sueño.

-Cierto -dijo Gmano sin volverse a mirarles-. Ella tiene razón, extranjero. Y esta felicidad me la debéis a mí. ¿Crees, una vez pasada la prueba, que tu solo esfuerzo habría bastado para escapar del Organismo Planetario de Seguridad?

-No sé -sonrió Ready-. Lo dudo.

-No hay duda. Es seguro que te habrían atrapado ya.

-Usted llevaba bastantes ventajas sobre mí. Aparte de conocer el terreno... contaba con un aparatito tan prodigioso como el «piloxón».

-Sí. Muy útil -convino Gmano.

-¿Hay otros en el planeta?

-Varios. Lo poseemos la mayoría de los componentes de la Alta Jerarquía.

-¿Qué es eso? ¿Una sociedad?

-Un privilegio de selectividad. Una distinción por la que algunos luchan, intrigan... y asesinan; a mí me viene de herencia. Mi padre también fue altijerárquico.

-Algo así como los elegidos, ¿no?

-Parecido.

-No sé muchas cosas de usted, Gmano... excepto que nos ha salvado la vida a Melinda y a mí.

-¿Te parece poco, extranjero?

-No. Agradezco el esfuerzo en lo que vale. Pero quisiera conocer más detalles. Por ejemplo: ¿A qué se dedica? ¿Qué lugar ocupa entre la sociología de Venus? ¿Cómo obtuvo permiso para presenciar mi exploroencefalia y por qué? ¿Cuál es el medio que utilizan para asimilar tan a la perfección los idiomas de otros mundos...?

Gmano encogió sus escuálidos hombros y la peculiar risita conejil -aquel odioso ruidito que crispaba los nervios a la joven- culebreó por el interior del turbomatox.

-Insaciable curiosidad -comentó-. Fatigosa.

-¿Acaso desea que permanezca en secreto su personalidad?

-Te diré algo -accedió, después de breve silencio-. Soy médico. No practico una medicina «curativa» como la mayoría de los doctores terrícolas, compréndeme. Podría decirse que mi ciencia es formativa, constructora... una especie de estudios creadores encaminados a lograr constantes avances biológicos. No sé si alcanzas a entenderlo.

-Pues... Bueno; supongo que ejerce una especialidad.

-Eso es. Me he especializado en la rama más oscura de la medicina. El origen de la vida, y sus manifestaciones aplicando resultados adversos. Asociación de genes. Trasplantes. Cambios teratológicos. Bioquímica -

Gmano hablaba pausadamente, pero regodeándose en cada frase, gozando de un placer casi sádico-. Plasma y protoplasma sintéticos. Núcleos a los que yo doy vida y forman células orgánicas. Materia inerte y materia pensante. Sombra y lucidez. Eso soy, extranjero. Muy pocos en Secundus pueden ufanarse de contar con el favor del doctor Gmano. Y por ti he arriesgado mi carrera.

-¿Qué le impulsó a ello? ¿Acaso consideraba injusto el trato de que éramos objeto?

Gmano tomóse varios minutos antes de contestar. Tal vez nunca hubiese ofrecido una respuesta decisivamente aclaratoria.

El turbomatox, hábilmente conducido por Pean, estaba alejándose hacia las afueras de la superciudad y los dos terrestres esperaban con visible interés sus palabras. En aquel momento, salvando al viejo del atolladero, intervino el conductor.

-«Sgggmmm...» -avisó.

-«Wpp» -repuso Gmano.

-¿Qué están diciendo? -preguntó Ready-. Esa lengua suya es más enrevesada que el japonés, ruso y lapón mezclados. No entiendo ni sílaba.

-Van a detenernos --tradujo el genético-. Se levanta una barrera de rayos al final de la calle. Los servidores de Mwesk todavía andan en tinieblas y por ello sospechan de todos -rió-. Sujeta el «piloxón» y apretad fuerte vuestras manos. Quizá miren aquí dentro. No os mováis. ¡No respiréis! -ordenó con dura energía-. ¡Es el último obstáculo para la libertad, terrestres!

Sí. La «barrera» era ya visible para el ojo humano. Los hombrecillos debían poseer un sistema óptico casi telescópico o es que, acaso, el frontal del vehículo se hallaba dotado con lentes de aumento.

Una franja pálida, como de arco iris unicolor, se extendía de acera a acera. Pean accionó los mandos y el turbomatox redujo la velocidad vertiginosamente, sin sacudidas ni brusquedades. Quedaron parados delante mismo de la barrera de rayos. Ocho o diez venusianos uniformados de azul les rodearon.

Los dedos de Melinda atenazaron su mano hasta clavarle las uñas en la palma. Gmano hablaba con el que parecía capitanear la tropilla. Seis pares de ojos miraban a través de la envoltura transparente y los terrícolas, a pesar de saberse «piloxónicos», se echaron atrás instintivamente.

Gotitas de frío sudor emocional se multiplicaron rápidamente en su frente y sintieron resbalar los hilillos por las mejillas. Contuvieron la respiración hasta que sus pulmones amenazaron con estallar.

Tensos y envarados contemplaban atónitamente el registro ocular. Gmano permanecía inexpresivo, hablando con fría altanería. Debía ser todo un personaje. Con un gesto de su mano enjoyada, echó la túnica hacia la

espalda.

-«Osssddd...» -pronunció el oficial por último.

-«Kmmm...» -dijo Gmano despectivamente.

Vibró el motor nuclear y arrancó el turbomatox con la misma suave celeridad de antes. La barrera fue rebasada y el puesto de vigilancia se esfumó a lo lejos. La risita sarcástica del viejo -acaso por primera vez- les sonó a gloria.

-¡Uff! -rezongó Ready, expulsando el aire que abrasaba ya sus pulmones.

-¡No podía más! -confesó Melinda-. ¡Qué forma tan aguda de mirar!

-Son esbirros de Mwesk -calificó el doctor-. Fiscalizan todo lo que sale de la ciudad... pero no han osado dudar de mi palabra. Una ojeada ha sido su máximo atrevimiento. Os buscan, extranjeros. Su Dignidad ofrece un «secunwel» de recompensa.

-¿Dinero?

-Una fortuna -afirmó-. Creo que no volverán a molestarnos. Dentro de poco ocuparéis el mejor refugio que existe en el planeta.

-¿Dónde?

-En mi propia casa. Mwesk nunca se arriesgará a pedir un permiso de registro... aunque tiene buenas razones para sospechar de mí. Sabe que mi influencia pesa mucho cerca del Gran Regidor. Las ofensas a un altijerárquico se pagan con la vida. Su registro me ofendería... y Mwesk aprecia demasiado la suya para exponerse al peligro de perderla.

-Le agradezco de corazón su hospitalidad, Gmano... pero hemos de hablar. Hablar seriamente. Se impone esclarecer algunos puntos.

-Después.

-Tanto da hacerlo ahora. Ha sido bueno con nosotros. Le debemos tanto que no existirá forma de saldar la deuda. Sin embargo, yo deseo hacerle una confesión. El único objetivo que me movió a la fuga fue el anhelo de regresar al pantano donde fuimos hallados.

-Conozco el sitio.

-Excelente. ¿Quiere llevamos a él?

-¿Para qué?

-Es fácil de adivinar. Allí, junto a la ribera donde bebimos estará todavía la diosa de «venusio». ¡Anhelamos regresar a la Tierra! Esto es hablarle con franqueza, Gmano,

-Me gusta tu franqueza.

-Entonces... ¿nos ayudará? Sé que le hemos causado muchas molestias; pero esto... ¡lo necesitamos de veras!

-Sí, señor -imploró Melinda con lágrimas en los ojos-. ¡Permítanos volver! ¡Hasta la muerte bendeciremos su memoria!

-Volver... -Gmano se ladeó a medias-. Volver... No; no es nada fácil.

-¡La estatuilla nos teleportará de nuevo! -declaró Ready.

-¿Sí? -el viejo cloqueó su risita-. Demasiado sencillo.

-Mwesk reconoció que es posible lograrlo, ayudando a la conexión de los brazos de «venusio» con un poderoso esfuerzo mental. ¡Bastará desear ferozmente el regreso! ¡Y nosotros lo deseamos con la suficiente ferocidad!

-¿Y qué ocurrirá si volvéis a esa sucia bola de barro llamada Tierra? Hablaréis mucho. Incesantemente. Relataréis cosas que cegarán la ambición humana y...

-¡Nadie nos creerá!

-Nadie... o todos -Gmano apoyó el huesudo índice en su mejilla surcada de arrugas-. Es mejor lo que yo tengo pensado. Libre de complicaciones. Lograré para vosotros la inmortalidad. Seréis testigos del tiempo... hasta que se consuman los planetas y el fuego apague el fulgor de las estrellas. La Diosa Jowa os trajo a Secundas... porque eligió dos seres galácticos para que fuesen eternamente glorificados. Nunca moriréis. Y vuestra larga descendencia... ¡también será inmortal!

-¡Gmano! ¿Qué estupideces está diciendo?

-Déjame pensar, terrestre. Yo soy el cerebro y tú la materia. Cuando el cerebro y la materia se aúnen... ¿quién osará negar que haya obtenido la «mutación perfecta»?

Ready dejó de oprimir el resorte del «piloxón» y, al recobrar su forma material, asustóle la horrorizada expresión de Melinda. ¡Mutación! ¿Dónde había oído hablar antes de espantosos mutantes? Medios seres, monstruos, humanoides... ¡infraespecies sin raza definida!

-No me interesan sus proyectos -dijo secamente.

-Aguarda a conocerlos, extranjero.

-¿Y si me niego?

-Sería absurdo. Soy tu amigo. ¿Lo dudas? Os he apartado de una sentencia que os condenaba a la muerte en el vacío total, a errar en el espacio negro hasta la desintegración; pero temo que no sabéis lo que es agradecimiento. Mi ánimo se aflige por la incomprensión.

-Esa «mutación perfecta» de que habla...

-Hipótesis. Teoría oscura. Futuro indefinible -el viejo rió-. No hay nada cierto, nada demostrado. Tú querías saber. Me cubriste a preguntas. Yo he respondido a ellas sin malicia. ¿Por qué coges las cosas en el sentido erróneo? -les volvió la espalda y señaló a lo lejos, a una colina fulgurante, como de hielo vítreo-. Mi mansión. El recinto de un genio protector de seres desvalidos. He ahí la morada de un espíritu elevado y creador -rió de nuevo, muy apagado-. Vuestro refugio -concluyó exhalando un largo suspiro.

Melinda Kingman y Ready Porter se miraron en silencio, confusos. ¿Había sufrido el viejo un desvarío o expresó con palabras sus más caras

elucubraciones mentales?

Allí se levantaba su refugio. Esto, al menos, resultaba nítidamente concreto. Pero era una concreción rodeada de amorfas incertidumbres. Algo que no lograban definir... mas producía escalofríos.

CAPÍTULO IV
EL MUSEO DE LOS MUTANTES

La plancha oblonga correspondía a lo que en la Tierra llamarían «mesa» y los esponjosos macizos de algo que recordaba la celulosa virgen oficiaban de «sillas».

No se estaba incómodo. Al contrario. Pero se sentían raros, desplazados, igual que insectos obligados a calzar guantes de boxeo.

Gmano les atendió gentilmente, con exquisita cortesía. Al parecer, no vivía solo; pero siempre le vieron acompañado por el sumiso y polifacético Pean. Los restantes servidores, de existir, debían tener instrucciones de no hacerse visibles. La casa -si podía designarse así al tremendo palacio empotrado en la colina- constaba de un sinfín de dependencias, amplias y adornadas de objetos absurdos, estrambóticos.

Comprendió que los terrestres estarían cansados y hambrientos. Les ofreció un lugar para reposar; pero ellos rechazaron la invitación, tal vez porque aún no se sentían con ánimos de abandonarse totalmente a manos del viejo.

Sin embargo, aceptaron la comida. Gmano se cambió de vestiduras, reemplazando las de calle por un holgado sayón que sin duda ofrecía mayor comodidad.

Después, les condujo al extraordinario comedor, donde los tres tomaron asiento en los macizos esponjosos y se acomodaron en torno a la plancha oblonga. El manjar era una pasta oscura, dulzona y alimenticia, que resultaba grata al paladar.

-¿Qué es? -quiso saber Ready.

-Aminoácidos -contestó el doctor-. Son la base de las proteínas. Os sentiréis reconfortados.

-Creo que nunca había comido nada igual -declaró Melinda.

-Claro que sí; pero no en la forma presente. Los terrestres sois carnívoros, vegetarianos, masticadores en general. Aquí concentramos los alimentos en su intrínseca base vitamínica. Eso los hace más nutritivos y digeribles. El mejor régimen dietético para las criaturas orgánicas.

-Está apetitoso -admitió Ready-. Aunque creo que nosotros hubiésemos preferido un par de huevos con jamón. ¡Hace siglos que no comemos debidamente!

-Comer debidamente... no es eso, extranjero. Las grasas, las albúminas, las féculas... son la causa de vuestra corta vida. La mortalidad es grande en la Tierra, inmensa. Llegará día que no persistirá el fiel de la balanza y superará a los natalicios. Ese día será el principio del fin. Cuando ya no existan seres sobre la faz pastosa de tu mundo, en Secundus todavía quedarán muchísimos pobladores. Vosotros podéis ser de los elegidos, estar

presentes en las filas de esos supervivientes cósmicos. El Sistema Planetario habrá dejado de girar en torno al Sol. Únicamente Venus, astro inmortal habitado por vivos igualmente inmortales, resistirá incólume la huella honda de las transformaciones. Yo tengo el secreto.

Gmano volvía, inconscientemente, a su tema predilecto. No; su arranque en el turbomatox no fue imprevisto. Era una idea fija, obsesiva en su mente, que le impelía a hablar del logro quimérico relacionado con su prodigiosa especialidad: la Ciencia Genética.

Realmente aterrador. Subyugante y maléfico. Especialmente para Melinda, que, sin poderlo soportar, dejó de masticar y apartó el recipiente colmado de apapillados aminoácidos.

-¿No tienes apetito, terrestre? -preguntó el viejo con insospechada solicitud.

-No. Usted me lo ha quitado... -repuso Melinda francamente.

-¿Por qué? ¿Acaso mis palabras?

-Sí -miró a Ready, angustiada-. ¿Qué pretende este hombre de nosotros, querido? Me resulta insoportable y odioso.

-Recuerda su noble gesto al sacarnos del subterráneo...

-No puedo. O por lo menos, no podré mientras ignore qué busca.

El joven dejó también de comer. Un frunce preocupado arrugó su frente. Gmano, sordo al diálogo, parecía ajeno a todo y a todos.

-También a mí me gustaría saberlo, Gmano -dijo Ready-. Hable sin ambages. Vaya directo al asunto y trataremos de entendemos.

-Sólo pretendo instruiros -replicó el venusiano contrayendo la cara surcada de infinitas arrugas-. No comprenderéis la grandeza de los acontecimientos doblemente decisivos para la historia galáctica. Lamento que mis razonamientos os quiten el hambre; no es ésa mi intención. ¿Por qué habría de causaros daño? Sois mis huéspedes. Os he salvado. No voy ahora, premeditadamente, a cambiar de conducta. Todavía pretendo «seguir siendo vuestro salvador». Siento de veras la actitud desconfiada con que pagáis mis desvelos. Acaso... es que no estáis lo suficiente preparados «para saber». Yo os enseñaré el camino.

-El camino... ¿de qué?

-El camino -insistió Gmano, dando también por finalizada la comida-. Sólo hay uno. El verdadero camino. Viajamos por la vida hacia un espacio lejano que abarca pasado, presente y futuro. En el futuro espera La Muerte. Yo puedo detener ese camino y alargar el futuro. Convertir su inexorable proximidad en lejanía constante. Sin futuro no habrá muerte -se puso de pie, mirándoles con ojos chispeantes, iluminados-. Venid, hay algo que quiero enseñaros. Algo que, sin duda, aclarará más que cualquier explicación y dará lucidez a la opacidad de vuestras mentes ignorantes. Algo maravilloso: Mi «sakow».

-¿«Sakow»? -murmuró Ready-. No entiendo.

-Mi... -rebuscó en sus conocimientos lingüísticos- Museo, supongo que diríais en el planeta Tercerus, o Tierra. Eso es. Mi museo. Pero no guardo en él cosas muertas o reliquias. Allí hay vida. Fermentos. Materia latente. ¿No quieres acompañarme, extranjero?

-Vamos -aceptó Ready.

-Pero... -empezó Melinda con innata repugnancia.

-Somos sus huéspedes -rió heladamente el hombre-. No corremos peligro, porque sólo pretende instruimos, ¿verdad, Gmano? Trata de estar a la altura de las circunstancias, Mel. No vamos a asustarnos de un hombrecillo grotesco y enano.

El venusiano le dirigió una profunda mirada. Sabía lo bastante de su idioma para comprender que aquello era un insulto. De todas formas, lo habría averiguado por el desdeñoso acento que Ready otorgó a la frase. Sin embargo, calló. No hizo objeción alguna. La mirada fue todo.

Batiendo palmas, Gmano abandonó el suntuoso comedor y separó unos cortinajes plásticos para desembocar en un corredor adornado por cuadros macizos, tridimensionales. Los dos terrícolas le acompañaron unos pasos retrasados, por lo que todavía pudieron escuchar el sonido de los recipientes al ser retirados de la plancha. «Alguien», esperando a que ellos saliesen, se ocupaba de limpiar la «mesa» y colocar las «sillas» en su debido lugar.

El corredor terminaba en una puerta óndica, que franquearon con leve chasquido estático. Aunque nada perjudicial sintieron al atravesar el umbral, Ready tuvo la absoluta certeza de que acababan de entrar en una estancia dominada por campos electrónicos. Ello no le sorprendió.

En vez de cerraduras, resortes y picaportes, los implementos del cuarto corrían a cargo de mecanismos autoelectrónicos cuyo funcionamiento, sin duda, actuaba por simple interposición corpórea. Una especie de cámara encantada, bañada por una luz delicadamente rosa, en cuyo interior flotaba un perfume turbador e impreciso. Una mezcla de olores, en realidad.

Sintieron, por ese característico don del ser humano que valoriza su capacidad de percepción sensitiva, que la estancia se hallaba ocupada, repleta de instrumentos. Lo captaron igual que un ciego advierte la presencia de otro ser humano, o cualquier obstáculo, y se desvía de su encuentro pese a serle imposible descubrirlo con los ojos. La luz rosa no permitía captar perfiles, sino sombras informes.

-Mi «sakow» -dijo Gmano apagadamente.

-No veo gran cosa -confesó Ready.

-Ahora verás. Ésta es la cámara de trabajo y el instrumental apenas tiene importancia. Seguid caminando en línea recta, pegados a mí. Voy a mostraros «mis obras». La parte más interesante del trabajo genético. Vida

propia... creada con el cerebro y el esfuerzo.

De pronto, tal vez al interferir con sus pasos una zona automática, la luz rosa fue perforada por diversos conos verticales de un pálido humoso, que proyectaban haces lumínicos desde el techo. Aquello les permitió obtener mayor visibilidad y hacerse una composición de lugar mucho más exacta.

Se hallaban en una habitación circular, de paredes convexas, algo así como una original pecera en cuyo fondo se encontraba Gmano, más insignificante que nunca debido a su pequeñez.

Melinda seguía considerándolo siniestro y se amparó en el terrestre, que rodeóle los mórbidos hombros en mudo ademán protector.

Una sucesión de tubos iluminados -que parecían contener agua o alcohol- destacaron en línea, siguiendo la curvatura de la pared. Jamás presenciaron una muestra arquitectónica tan caprichosa y absurda como aquella. Les ganó la impresión de estar visitando un mágico acuario, todo él velado por el rosa difuso que invadía la pieza y donde, acaso por contraste, las vitrinas tubulares alumbradas pálidamente resaltaban con terrible claridad.

En el interior de aquellas vitrinas, animados de vida obtusa, flotaban corpúsculos de diferentes tamaños y formas. Ello contribuyó con mayor fuerza a acrecentar la impresión de acuario. Dentro del líquido incoloro -fuese agua o alcohol- nadaban «cosas» microscópicas. «Las obras» de Gmano. ¡Mutaciones antinaturales y repulsivas! ¡Entes de laboratorio!

-En esos recipientes hay genes vivos que los científicos de la Tierra llamarían microorganismos y sulfobacterias -explicó el viejo con voz opaca-. ¿Sabes lo que es morfología? Te lo diré. La descripción y clasificación de las diferentes formas de vida y de sus órganos. Bien. Creo que ningún terrestre podría encontrar la morfología adecuada a mis creaciones. Su fisiología, o funciones desempeñadas por diversas partes de su organismo, asombraría a vuestros zoólogos. Les haría suspirar de placer ante el logro científico sin precedentes. Yo he «fabricado» estos pequeños seres. Son míos. Producto de un detenido estudio químico y biofísico. Resultan todavía más minúsculos de lo que parecen en realidad; y si vosotros los veis de este tamaño es a causa del líquido que ocupa los recipientes, capaz de multiplicar sus dimensiones como una lente microscópica. Venid. Acercaos. Aquí tenemos una mutación obtenida a base de extrarreactivos que cuenta con poco tiempo de vivencia... ¡pero llegará a centenaria! Cuando yo haya dejado de existir, mi «otoyata» continuará flotando ahí dentro. «Siempre».

El viejo, a pesar de hablar pausadamente, volvía a exaltarse. Su propio éxito genético le alucinaba. ¡Mutaciones! He ahí un problema que en la Tierra se enfocaba con temor.

Ready lo sabía. Obtención de seres vivos por medios sintéticos o

consecución de nuevas especies mezclando gentes de distintas familias. Pero... ¿a dónde conduciría un avance semejante?

Esto era lo que se preguntaban los sabios terrícolas. Las mezclas biológicas, todavía en estado infantil, no prometían nada alentador y, aunque la genética podía considerarse en pañales, los procesos de laboratorio iniciados sólo lograban desembocar en frutos horribles, en compuestos de humano, bestia y autómata orgánico tan monstruosos como fetos incompletos. ¿Valía la pena esforzarse para crear artificialmente monstruos?

En la Tierra creían que no. Pero Gmano, tal vez contando con algún secreto procedimiento, parecía entusiasmado con la idea. Además, puede que en Venus las Ciencias Mutativas poseyesen más envergadura y conocimientos.

Sea como fuera, él les enseñaba sus repulsivos compuestos con auténtico orgullo, ansioso de maravillarles. ¿Buscaba, acaso, transformarles a ellos en criaturas mutantes? ¿Por qué no? Su insistencia machacona sobre la inmortalidad así lo hacía temer.

Aparte, un propósito semejante, justificaría su empeño por salvarles de caer en poder de los soldados de Mwesk... y trasladarlos, contra todo evento, al oculto refugio. Aquello podía significar... ¡la muerte de su vida pensante!

-Mi «otoyata» -presentó el venusiano, deteniéndose frente a uno de los tubos interiormente iluminados-. Un organismo tan microscópico como un virus, adaptable a la vida anfibia, ¿No es realmente maravilloso? En el agua o en la superficie planetaria, puede asumir las funciones de una planta elaborando proteínas de las substancias que absorbe. O las de un animal -agregó fríamente- cuando absorbe aminoácidos. Vedla. Mi «otoyata» casi roza la raya de la inmortalidad. El día que ese Universo de que hablábamos antes estalle y desaparezca, habrá una «otoyata» en cualquier pedazo de roca que flote en el espacio... o dentro de la última gota de humedad que bañe el Cosmos. ¿No os gustaría presenciar el final de todos los espacios y todos los tiempos? Estoy convencido que sí, terrestres.

-Me encuentro muy hermoso como soy, Gmano -contestó Ready-. Prefiero el corto plazo de una vida humana a la inmortalidad transformado en virus. Gracias. Creo que con lo que llevamos visto es suficiente. Dejémoslo estar...

-Mirad -añadió Gmano señalando el tubo contiguo y pasando por alto la observación-. Se llama «taraowempo». Supongo que en la Tierra lo llamarían «helizoo». Otro microorganismo sumergido libremente en el líquido de supermicroscopía. Yo lo formé, partícula a partícula; yo le di vida y movimiento. El de al lado es su hermano gemelo; pero perfeccionado. Este otro microorganismo posee dos «núcleos». Uno le

sirve para sus funciones meramente vegetativas. El otro... ¡para la reproducción de la especie! -rió con su risita escalofriante y siniestra-. Pienso en todo. Aunque yo desaparezca, ellos «tienen» que seguir multiplicándose, ¿comprendes, extranjero? Mira aquí.

Melinda tiritaba igual que helada de frío. Sus dientes, pese al esfuerzo por inmovilizar las mandíbulas, castañeteaban sin cesar. No poseía los conocimientos de Ready; pero hasta el más supino ignorante habría podido entrever el fin seductivo perseguido por Gmano.

Era igual que si les mostrase un horroroso catálogo... para elegir el vestido adecuado a sus gustos. ¡Un vestido fabricado por la química biológica! Vitrina tras vitrina, ponderando virtudes, iban dando la vuelta a la infernal pecera ocupada por mutantes en estado letárgico, febril, latente y contemplativo.

Los había de cien clases distintas. Espantosos todos. Hasta les señaló algunos en pleno proceso de hibernación. ¡Esperando el autodespertar que, tal vez, acontecería miles de años más tarde!

-Éste todavía no tiene nombre -continuaba la voz del viejo entre pausas y risitas maléficas-. Observa, extranjero. Le he obligado a desarrollar, mediante un tratamiento infravóltico, «cilios», o pestañas vibrátiles que servirán para impulsarle a través del líquido y provocar remolinos destinados a atraer partículas alimenticias... ¡y víctimas supermicrómicas a las que devorar! ¿No es colosal? Yo, un secundino anónimo en el Cosmos, «puedo» crear seres que respiran, sienten, actúan y procrean. ¡Yo, el incomparable doctor Gmano!

-Ha ido usted demasiado lejos. Su propia inteligencia lo aniquilará.

-No -contestó, interpretando equivocadamente el sentido de la frase-. No me he detenido en este punto. Las palabras «demasiado lejos» no cuentan para la Ciencia. Ahora voy a mostraros una colonia de células reunidas. Toda una «familia». Esto es la «multimateria» que nadie ha obtenido jamás. Una agrupación coexistente de genes medúsicos, micetozoos, anémonas, virus bacteriológicos, mixomicetos triples y hasta un sector hidrapórico dotado de «sistema nervioso» rudimentario... ¡que reacciona por reflejos táctiles!

-Muy interesante; pero... ¡salgamos de aquí! -casi gritó Ready-. Esta atmósfera me sofoca. Está corrompida y apesta. ¡La encuentro sencillamente hedionda!

-¿Por qué dices eso? -se extrañó Gmano-. ¡Estás viviendo los secretos de mi «sakow»! Ni siquiera el Gran Regidor, a quien debo veneración y obediencia ciega, ha gozado de esta primicia sin igual en el conjunto galáctico. ¡Mundos del espacio! Astros condenados a la extinción! Sólo mi obra, la materia mutante del doctor Gmano, no desaparecerá «jamás». ¿Y lo encuentras repulsivo? Acaso, porque sólo has conocido la parte

microscópica de mis afanes. Ahora daré un salto portentoso.

Ready contuvo los deseos de soltarle una barbaridad a boca jarro. Melinda, aterrada hasta lo inverosímil, se asió enfáticamente a él.

-Ya dispongo de la «savia vital» que necesitaba -añadió el viejo-. Sangre nueva para seres nuevos. Podré operar con entes de exoesqueleto... es decir, caparazón óseo, costras o escamas exteriores. ¿Lo entiendes? Blandos por dentro, duros por fuera. O a la inversa. Criaturas grandes, de volumen y materia «parecida» a la nuestra, provistos de endoesqueleto alojado en el interior de su cuerpo. Duros por dentro... ¡blandos por fuera! ¿Sigues despreciando mi obra?

-Profundamente.

-¿Cómo? ¿Es que no...?

-Vamos afuera, Gmano. Melinda no puede más y yo estoy sinceramente aterrado. Una humanidad reducida a bacterias es superior a la imaginación de un demente. ¡No nos seduce su maldito museo de mutantes!

-Escucha...

-Basta. ¡Basta para siempre!

Ready adoptó una actitud francamente hostil y agresiva. Su rostro, alumbrado por el suave tono rosa y los relumbres del pálido humoso, impresionaba por la dureza y determinación impresa en cada músculo. El viejo encorvado y apigmeado le miró a los ojos, escrutador.

-Continúas exigiendo -murmuró-. Ya te advertí una vez que ruegues en lugar de mandar.

-No es así como tratamos a los huéspedes en la Tierra. Quizá sean muy científicos en Venus...pero desconocen la cortesía de la hospitalidad. No importa. Voy a salir de aquí... y le desafío a que intente impedírmelo -Ready formó una dura línea con la boca-. Aún conservo la electropistola -terminó.

-Lo sé -sonrió Gmano-. Lo sé... y no me inquieta. En absoluto, extranjero. Cuando yo te la pida me la darás... por propia voluntad.

-¿De veras? ¿Algún otro truco?

-Sin trucos. Mirándome a las pupilas.

-No crea que tengo mala memoria, Gmano. Lo recuerdo todo. Ya sé que hubiese podido dedicarle un «shock» hipnótico al sujeto que yo expulsé de la acera rodante. Usted lo confesó... o se le escapó decirlo inconscientemente. He oído hablar del hipnotismo. Le prevengo que no será fácil doblegarme.

El venusiano se alzó de hombros. Levantó la diestra y todos los tubos iluminados, de golpe, quedaron apagados. La brusquedad del cambio casi les encegueció, hasta el punto de que con la difusa luz creían hallarse en completas tinieblas.

-Sois mis huéspedes -admitió-. Es tarde. Necesitamos descansar.

Volveremos a la morada y os mostraré vuestro aposento.

-Antes quisiera hablar formalmente de algo que ya le indiqué.

-Es tarde -repitió.

-¡Tiene que llevamos al pantano! -chilló Melinda-. ¡Díselo, Ready!

-A eso voy. ¿Qué responde, Gmano?

El genético parecía decepcionado por el escaso éxito que había obtenido con su anhelada visita al museo. La tristeza le ganaba. La tristeza y algo más. Una colérica y sorda desilusión.

Les miró a ambos, inexpresivo, saltando la vista alternativamente de uno a otro rostro. No reía ya. Parecía haber sufrido una transformación en la que contaba decisivamente la fatiga y el envejecimiento rápido.

-Vamos -contestó-. Tampoco ella sabe rogar.

-Espero su respuesta.

-No hay respuesta.

Y sin añadir nada más, a cortos pasos, abandonó la pecera y salió a la antesala. Melinda y Ready, muy juntos, le siguieron en silencio. Ninguno habló. ¿Para qué?

Allí, a su espalda, latía la verdadera respuesta en forma de mutaciones que Gmano aseguraba serían inmortales a despecho del tiempo. No precisaban de mayores aclaraciones para adivinar su destino.

CAPÍTULO V
CORTOCIRCUITO

Era imposible conciliar el sueño. Ni siquiera podían alcanzar el mero descanso corporal. No había paz espiritual ni física para los terrestres. Y ellos lo sabían. Rotundamente.

Se esforzaban en vano, a despecho de su propia convicción, porque en lo más oculto del subconsciente una voz razonable les advertía que debían reponer fuerzas, prepararse para nuevas emociones, almacenar energías con vistas a un futuro que presagiaban más incierto y negro que su deleznable presente.

Pero el ser humano no está adaptado para luchar contra su mayor y más enconado enemigo: él mismo. La batalla debían considerarla perdida de antemano. Aquella noche no sería de reposo.

Gmano les condujo al prometido aposento. Fue una delicadeza por su parte -y Ready se congratulaba de ello- que les permitiese seguir juntos. Bien pudo preparar habitaciones separadas; pero aquello habría resultado insoportable para la alteradísima Melinda. O acaso, dedujo que juntos eran más fáciles de vigilar que por separado. De la tortuosidad mental del viejo cualquier cosa podía esperarse.

Ahora, envueltos en la oscuridad bienhechora, los dos fingían hallarse sumidos en un sueño profundo. Un sueño que no llegaba y que, posiblemente, no llegaría mientras tuviesen el cerebro estallante de tal multitud de pensamientos. Reñían una competición engañosa. Una prueba de resistencia. El primero que hablase sería porque ya no podía sujetar por más tiempo los crispados nervios.

En torno, espesa y dueña, reinaba la paz. Un silencio que casi consideraban ofensivo por su hiriente falsedad. Lo mismo que si viviesen en, un mundo sin sonidos, sin movimiento, carente hasta de aire para respirar.

Los nervios de Melinda perdieron en la prueba. No consiguió resistir sus pinchazos agudos. Era mujer; no una máquina. Si no daba pronto rienda suelta a sus impulsos acabaría desquiciada.

-¿Duermes, Ready? -preguntó, en susurros, la joven.

-No -fue la respuesta.

-Ya ves. Yo tampoco. ¡Esto es terrible, querido! ¡Sin solución...!

-Domínate. Todo es cuestión de equilibrio. No lo pierdas o caerás al vacío de las zozobras. Calma, Mel.

Otro silencio. Una pausa larga y plúmbea. Nada en torno, ni el murmullo del viento al acariciar las hojas.

-También antes creímos que no existía solución -animó él, al fin-. Pero fuimos superando las dificultades hasta desembocar en...

-Dilo. No voy a asustarme más de lo que ya estoy. Hasta desembocar en este callejón sin salida. Es el final de todo, ¿verdad?

-Esperemos que no.

Paz. De nuevo el silencio aplastante y agobiador. ¡Cuán vacía debe ser la vida de los sordos, condenados de perenne a la nada sonora!

-¿Qué hemos conseguido, Ready? ¡Ese médico está perdidamente loco! Nos someterá a toda clase de experimentos inhumanos, y reducirá nuestras fibras a fragmentos... a microbios como los que vimos nadando en los tubos de su diabólico museo. ¡Dios mío, qué espanto!

-Trato de buscar la escapatoria, Mel. Por favor, no te desesperes. La esperanza es hermosa siempre. Y un gran consuelo.

Hablaban muy quedo, suspirando, como quien realiza la confesión de sus malas acciones pasadas. Las palabras fluían despacio, perezosas. Y los minutos corrían con mayor pereza aún.

Eran eternos. Insufribles. Cual losas de plomo que cayesen, amontonándose, sobre sus angustiados corazones.

-Crees que nos estarán escuchando?

-No es probable -meditó el hombre-. El único que conoce nuestro idioma es Gmano... y ese engendro debe hallarse soñando a sus anchas en promesas de inmortalidad. Mutaciones... ¡Da asco recordarlo!

-¡Qué amarga ironía! -gimió la muchacha-. Tanto esfuerzo, tanto sufrir y afanarse... ¡para esto! Nos ha sentenciado a morir, ¿verdad, Ready?

-No ganaría nada tratando de convencerte de lo contrario. Además, nunca podría persuadirte, porque sabes igual que yo la suerte que nos aguarda. Sí, Mel. Temo que han vuelto a sentenciamos. La segunda vez que los enanos de este infame planeta suspenden el hacha sobre nuestras cabezas. No hace mucho, hemos eludido el tajo mortal que el Gran Regidor y su cohorte de asesinos nos preparaban. Ahora...

-Ahora... ¿qué, Ready? ¡Yo no quiero morir! Tenemos derecho a ser felices. Una vida entera repleta de venturas nos espera en la Tierra, junto a los nuestros... ¡en el mundo al que pertenecemos! ¿Por qué no intentamos salir de aquí?

-¿Escapar de nuevo? No me atrevía a proponértelo.

-Hazlo. Te seguiré a donde vayas -dijo con pasión.

-Mel, pequeña y adorada Mel -sonrió Ready-. No hay otra mujer como tú en el insondable Universo. Escapar es una idea que tengo clavada en la mente igual que un puñal. Pero, yo pregunto: Escapar... ¿a dónde?

-Sólo hay un sitio. ¡Tú lo sabes! ¡Si yo no hubiese sido una tonta...!

-El pantano.

Callaron. Las respiraciones sonaban con pesadez, agitadas. El tiempo se deslizaba a paso de tortuga. Realmente, era el sitio mejor.

El pantano... Allí residía la incógnita del problema, materializada en

una figurilla de «venusio» puro, abandonada al borde de la charca poblada de helechos, sauces y cicadáceas. No había otro vehículo de regreso que la teleportación.

Nunca conseguirían una nave espacial o algo semejante. Y aunque la consiguiesen... quién iba a pilotarla? La diosa de «venusio». He aquí el remedio. Cualquiera lo hubiera adivinado desde el primer momento.

Tenían que volver a la ciénaga pútrida, a la zona de geología cenozoica, al reino del sol y las bestias prehistóricas... No era una perspectiva halagüeña; pero siempre resultaba más apetecible que la de verse reducidos a bacterias, a micetozoos o a cualquier otro germen nacido de las retortas y tubos de ensayo que manejaba el reptilesco Gmano...

-¿De veras estás dispuesta a seguirme?

-¿Es que lo dudas, Ready?

-No. Pero puede representar una inacabable odisea...

-Contigo no lo será.

-Temo que sí.

-La prefiero mil veces a esta calma de celda letal. Si Dios ha decidido que debemos morir, acepto su suprema voluntad. Ese pigmeo infernal no es Dios. ¡No me resignaré a ser una de sus víctimas propiciatorias!

-Gracias, Mel. Acabas de quitarme un gran peso de encima. ¿Vamos?

-¡Vamos, querido!

El siseo de su vestido demostró que acababa de abandonar el extraño lecho suspensorio. Ready la imitó. A tientas, avanzando en la oscuridad, se buscaron y se encontraron.

Irreprimiblemente, con radiante dicha, quedaron fundidos en un abrazo prieto y amoroso. El terrestre la besó en la frente y aspiró la fragancia de sus cabellos de seda. Ella clavó los dedos en los macizos hombros.

-¿Recuerdas la salida?

-Sí. Aquí... A mi derecha.

-Muy bien. Espero acertar con el mecanismo.

Era, como de costumbre, de automatismo o relojería. Un rayo, una célula electrónica o acaso el aire que desplazaban sus cuerpos bastaba para hacerlo funcionar. Ready probó.

Tenía bien presentes los ademanes del viejo doctor cuando les condujo al cuarto. Un leve chasquido, algo así como un «cierre» eléctrico al fundir un enchufe, se produjo al instante. Pudieron salir libremente.

-¿Ves? -musitó Melinda-. Esto puede ser un buen augurio. Ahora... ¡a escapar de la casa!

-Eso ya no creo que resulte tan fácil. El palacio de Gmano, hundido en la colina helada, cuenta con docenas de dependencias. Pero ten por cierto una cosa: Si algún extraño a este lugar es capaz de salir... ¡ese extraño se llama Ready Porter!

-¡Cariño! -suspiró ella-. ¡Cuánto te quiero!

Caminaban en tinieblas. Debía ser el pasillo por el que Gmano les trajo procedentes de su «sakow». Lo cierto era que el recorrido mostraba algunas dificultades por su casi laberíntica planificación.

Ready sabía que dieron bastantes vueltas antes de llegar a los aposentos destinados. Puede que el viejo tratara de desorientarles por si, como estaba ocurriendo en efecto, les asaltaban las tentaciones de escapar.

La verdad, es que no tuvieron tiempo sobrado para dedicarlo a reflexiones. Apenas diez minutos después de haber iniciado el sigiloso intento de fuga, aconteció un hecho sorpresivo pero, en cierto modo, esperado. Debían hallarse al final del pasillo o bien atravesando otra de las suntuosas dependencias.

De pronto -posiblemente al interceptar algún campo termoestático- una lucecilla roja, que emitía gruñidos achicharrados, lució sobre sus cabezas y comenzó a parpadear de modo harto significativo.

¡Alarma! Ready comprendió que no podía tratarse de otra cosa, por el sincronismo que caracterizaba los destellos y su acompañamiento sonoro.

Parpadeo rojo; gruñido. Pausa. Luz; sonido. Pausa. Destello intenso. Chicharreo. ¡Era un dispositivo que delataba su presencia con la misma eficacia que un dedo acusador y una voz señalando a gritos cada paso!

-Ready...

-Ya lo veo, Mel. Esta casa es un compendio de electronía. Ahora ya sabrán que no estamos en la habitación... y tratarán de pararnos los pies. Esperemos los acontecimientos.

-¡No te dejes convencer!

-Descuida. Voy a hablarle claro a Gmano. En el fondo, me alegro de que suceda así. Hubiese sido muy descortés... -añadió con ironía- marchamos sin decirle adiós.

Las tinieblas desaparecieron de un soplo y en su lugar, brillante, les envolvió una iluminación de tipo fluorescente. Ready detuvo a Melinda y aguardó, consciente de que Gmano no tardaría en dedicarles su atención ¡Descubiertos!

Bajo aquella luz que parecía brotar de potentes reflectores, podían apreciar nítidamente cuanto les rodeaba. Se encontraban en un salón largo y ancho, rodeado de ricos cortinajes plateados y con el techo de cristal.

Surgiendo de tras los cortinajes, alterada la faz y llevando en la mano una tablilla plástica bordeada de botones, Pean hizo su inmediata aparición.

Miró intranquilamente a los gigantes extranjeros y se aproximó con cautelosos movimientos, denotando la desgana con que cumplía la obligación. La intensa luz hacía brillar la tablilla y la línea de coloristas botones.

-«Bmmmddd...» -dijo.

-No te entiendo, amigo -contestó Ready-. Avisa a tu amo. Tenemos que hablarle.

-«Bmmmddd...» -insistió.

-Estamos igual. Tú no entiendes mi lengua ni yo la tuya. ¿A qué esperas? ¡Dile a Gmano que salga!

-«Wmmm pppsssbbb...» -repuso Pean haciendo visibles esfuerzos por dominar su nerviosismo.

-Es inútil, Ready. ¡Oh, qué desespero!

-Ahora verás. Me entenderá en seguida si uso el mismo procedimiento del templo -avanzó hacia él, a largas zancadas-. ¡Ven aquí!

-«Mmfffnpp...»

-¡Ven! ¡Si huyes será peor para ti...!

Pean seguía en ayunas, pero a cada instante más aterrado. El tamaño de los terrestres resultaba verdaderamente impresionante para los pequeños habitantes de aquel mundo cercano al Sol. Retrocedió instantáneamente, replegándose hacia los cortinajes por donde llegó al salón.

En vez de obedecer las órdenes de Ready, pulsó uno de los botones de la tablilla y en seguida, asombrosamente rápido, produjose un hecho extraordinario.

-¡Cariño!-avisó Melinda-. ¡Ha pedido ayuda!

-¿Cómo lo sabes...?

-¡Mira!

El joven volvióse en redondo y lo que descubrió a pocos metros de su espalda... ¡le obligó a perder todo interés por Pean! ¡Era un «robot»! Un ingenio mecánico de una alzada aproximadamente igual a la suya y cuyas intenciones, a juzgar por las extendidas manos metálicas, no debían ser precisamente estrecharle con amor.

Así pues, Melinda estuvo en lo cierto al suponer que acababa de solicitar ayuda. La tablilla que manejaba Pean debía ser un control remoto portátil de reducidas dimensiones, gracias a cuyos mandos abotonados podría dirigir con facilidad los movimientos del autómata. ¡He ahí los restantes servidores de Gmano que no vieron hasta entonces! ¡Seguro!

El viejo y astuto doctor quería asegurarse de que sus manejos de laboratorio no serían divulgados y por ello solo tenía a su servicio a Pean, cuya insobornable fidelidad quedaba demostrada por el hecho de haber acudido al templo contraviniendo todas las obligaciones cívicas y enfrentándose, no solo a Mwesk, sino a los mandatos del supremo Gran Regidor.

Los restantes criados de la mansión -¡ahora se atrevía a afirmarlo sin temor a error!- eran individuos robóticos, servomecanismos de cerebro positrónico y miembros articulados. Criados y al mismo tiempo... ¡guardaespaldas insustituibles de Gmano! Harían y satisfarían lo que a él le

placiese... ¡con sólo oprimir un prosaico botón! ¡No se detendrían ni ante el asesinato!

El autómata, abierto de brazos como un poderoso luchador de «catch» y mirándole fríamente con el ojo electrónico que brillaba, impersonal, en su frente, se acercaba paso a paso al terrícola. Melinda parecía petrificada en su sitio, helada de estupor.

-¡Ponte a cubierto! -le gritó Ready, disponiéndose a repeler con sus manos desnudas el ataque del coloso mecánico-. ¡Yo me encargo de ponerlo fuera de combate!

-¡No podrás!

-¡Claro que podré! Todo consiste en derribarlo... ¡porque en tierra será tan inofensivo como una tortuga patas arriba!

-¡Cuidado, cariño!

-¡Allá voy!

El «robot» propinó un doble manotazo al aire, coincidiendo con el rápido salto de costado del hombre. Ready, debido a su profesión de redactor deportivo, había presenciado multitud de peleas y pisado más de un cuadrilátero en los gimnasios de Sturgis, donde con frecuencia debía realizar sus entrevistas periodísticas. No podía considerarse un neófito en la materia, como había demostrado cumplidamente en sus anteriores escaramuzas contra los venusianos.

El salto veloz le alejó del radio de acción da los brazos robóticos. Pean, más tranquilo al comprobar que el autómata se ocupaba de darle trabajo al irritable extranjero, volvió su interés a la tablilla y pulsó los botones de dirección para dar la máxima movilidad y eficacia a su mecánico aliado.

Los resultados no se hicieron esperar, y cuando Ready atacó con la impetuosidad de un tren expreso, tropezó contra una especie de muro metálico al que apenas logró tambalear tras el feroz choque con los hombros. Aquello no era un monigote... ¡era una pétrea montaña!

Antes de que las manos aviesas del autómata le alcanzasen, escurrió el bulto y se escabulló en dirección a las paredes. ¡Qué gran error! El control por ondas activó los movimientos robóticos y su adversario cargó contra él con tal celeridad... ¡que Ready se vio acorralado en el ángulo elegido como desesperado refugio!

-Ready, amor mío... -sollozó Melinda-. ¡Cúbrete!

Cubrirse. ¡Qué sarcasmo! ¿Cómo iba a cubrirse si era una lucha de carne contra metal? Él mismo se metió en la ratonera. ¡Ya llegaba la mole furiosa! ¡Y la espalda pegada a la pared impediría toda escapatoria!

Los fuertes brazos abiertos la impedían, sí. Su inclinada cabeza de fulgurante pupila eléctrica, más dura que el testuz de un bisonte macho, apuntó a su pecho y avanzó con la arrolladora potencia de un ariete. ¡Ready estaba cazado en su rincón! ¡El golpe le aplastaría!

Conocía las consecuencias que sobre el «ring» tenían semejantes ametrallamientos para el púgil cercado en su rincón. Su contrincante le pegaba con los puños igual que a un indefenso «punching ball», enviándole a las cuerdas y recibiéndole... ¡hasta noquearle! Pero aquello... ¡AQUELLO SERÍA INFINITAMENTE PEOR!

Actuando rapidísimamente, se dejó caer de rodillas. ¡Fue un movimiento instintivo y dictado por reflejos! El cabezón del «robot» resonó en la pared durísima y el impacto le produjo una abolladura encima del mismo ojo electrónico. El golpe habría bastado para destrozarle el cráneo a cualquier ser humano. La máquina, naturalmente, permaneció insensible... ¡sin que nada dañase su sólida construcción! ¡Y dispuesta para un nuevo ataque!

Ready gateó desesperadamente, tratando de ponerse fuera de! alcance de su enemigo. La pelea ya no era simple defensa, sino cuestión de vida o muerte. Pean, riendo feliz por el grato cariz de las circunstancias, pulsó los botones. ¡No daría cuartel al hombre que casi llegó a estrangularle en las columnas del templo! ¡Ésta sería su revancha!

Una garra que parecía capaz de triturarle los huesos se cerró en torno al tobillo izquierdo del terrestre. ¡Cazado! Aunque tiró rudamente para deshacer la presa, sintióse, milímetro a milímetro... ¡atraído hacia el monstruo de hierro! ¡Atraído hacia sus brazos demoledores! ¡La lucha tocaba a su fin!

-¡Ready! -gritó histéricamente Melinda-. ¡No! ¡Dios mío, no...!

Pero sí. ¡La suerte estaba echada! Con la pierna derecha, jadeante y desorbitada la mirada, Ready empezó a golpear salvajemente el pecho del «robot».

Nada. ¡Sencillamente nada! Tan inconmovible como si pretendiese derribar el Everest. La otra zarpa, cayendo a plomo... ¡le atrapó por el hombro! El doble asidero le dejó dolorido... ¡e inmovilizado!

-Maldito muñeco de... de... -tartajeó Ready y con la faz congestionada por el esfuerzo.

Los dedos apretaban igual que tenazas. Sentía el pellizco en su carne y en los tensos músculos. ¡Le destrozaría el hombro! Ya no lograba ni revolverse. El autómata lo acababa de izar del suelo, pegándole a su tórax mecánico... ¡cuerpo contra cuerpo! ¡Calor humano contra frío de muerte!

Maldiciendo y rojo de ira, hizo palanca con las manos, aferrándolas a la barbilla chata del servomecanismo. ¡Trataba de deshacer el abrazo mortal por cualquier medio! Sus huesos -¡sus propios huesos!- crujieron secamente, avisando que de seguir presionando se partirían sin remisión.

El sudor bañaba su frente y sentía la boca seca, acartonada, por el aire que respiraba con avidez. El corazón le latía descompasado, con redoble de timbal frenético. Retorciendo el cuerpo, hinchadas las venas de las sienes

estallantes los bíceps bajo la americana, tartajeó:

-Pean... ¡Atácale, Mel! ¡Ya no puedo resistir el esfuerz...!

No. No podía. Se encontraba en el límite de las fuerzas, agotado y vencido. Los brazos terribles le oprimían y asfixiaban. La sangre iba a brotarle por la boca y oídos como no cesase el sistemático aplastamiento, a surtidores. Los pulmones necesitaban espacio para hincharlos y almacenar aire; pero el torso compacto del autómata lo impedía. Un segundo más y... ¡y todo habría terminado!

Al tiempo que la feroz resistencia se producía, Melinda Kingman se lanzó a correr alocadamente, atravesando el salón con estrépito de tacones y revuelo de falda. ¡Comprendía lo que Ready trataba de darle a entender, a pesar de que sus ahogadas palabras no sonaban claras!

Pean, el hombrecillo servil y asustadizo, tenía en sus manos «la vida» del muñeco destructor. Si cesaba la onda de control... ¡Cesaría, también, el abrazo fatal!

-Sopórtalo un poco más, cariño -musitó-. ¡Dale fuerzas, Señor!

El venusiano perdió la sonriente expresión al percatarse del hermoso huracán que se le venía encima. Otra vez sus ojillos redondos delataron temor. Quiso escapar y hasta llegó a iniciar el movimiento... ¡pero Melinda se abalanzó sobre él, proyectándole hacia atrás con toda la fuerza de sus manos crispadas! ¡El intenso amor que sentía le dio fuerzas de titán!

Fue lo mismo que si acabase de atacar a un niño no mayor de doce o catorce años. El furibundo empujón lo echó de espaldas grotescamente y sus manos dejaron escapar la tablilla plástica. El instrumento chocó de plano en el suelo y no llegó a rebotar... ¡se deshizo en menudos fragmentos, una lluvia de gránulos que espolvoreó los espejeantes ladrillos!

Antes de que Pean lograse incorporarse, Melinda completó su decisiva actuación con femenina viveza. Apoyó el pie calzado en el pecho del pigmeo y volvió a derribarle. Después, sentándose encima de él para impedir cualquier nueva intentona, miró ávidamente el lugar que ocupaba Ready y su monstruoso agresor. ¡Una sonrisa feliz floreció en sus labios de fresa encendida!

Todo había variado. El peligro, deshecho en las mismas partículas que la tablilla, esfumóse vertiginosamente del salón. La onda directriz cesó lo mismo que si un poderoso cortocircuito hubiese fundido la instalación delicada de una complicadísima máquina. El «robot», tieso e inmóvil, permanecía de pie... ¡con el ojo electrónico sin luz y los brazos agarrotados! ¡Fuera de combate!

El aturdido terrícola resbaló dulcemente a tierra y se frotó los lastimados miembros. Aún sudaba, y persistía la congestión de su rostro. No tardó más de dos segundos en comprender que el terror había terminado. Melinda supo actuar con decisivo acierto y milagrosa

oportunidad.

Tras dirigir una mirada de agradecimiento a la riente joven, tomó impulso, cuadró los hombros y arremetió violentamente contra el atascado autómata. ¡Había una cuenta pendiente!

¡CRASS! La escultura se vino abajo y quedó derribada a sus pies, sin descomponer la actitud de brazos y piernas, igual que una acerada estatua al ser abatida de su pedestal. ¡Al diablo con ella!

-¡Querido...!

-No te muevas, nena. Continúa sentada en tu pequeño sillón. ¡Ahora verá ese hombrecillo la clase de malhumor que poseemos los humanos!

Pean se removió inquieto debajo del formidable peso que Melinda representaba para él. La actitud resuelta del terrícola, a pesar de no entender su idioma, bastaba para anticiparle que le aguardaban momentos poco agradables. Pero algo vino en su ayuda. Algo con lo que no habían contado y que, sin embargo, jamás debieron olvidar.

-¡Detente, extranjero! -ordenó la voz airada del doctor Gmano-. ¡Ya has causado bastantes desmanes con tu irreflexión!

-¡Vieja momia! -escupió Ready con odio-. El salvador de los desvalidos, ¿eh? ¡Un carcamal diabólico! ¡Eso es!

-Escucha...

-¡No quiero escuchar! ¡Voy a demostrarle cómo trato a los genios locos de este planeta! Las cosas han variado... ¡y yo tengo la sartén por el mango! -rugió, introduciendo la mano en el bolsillo y sacándola armada con la pistola chata que disparaba electroondas paralizantes-. ¡No se mueva o le abraso!

CAPÍTULO VI
EL MANGO DE LA SARTÉN

La situación había cambiado, desde luego. Pero Ready Porter, pese a su afirmación, aún no tenía la sartén cogida por el mango.

La sonrisa clásica de Gmano, aquella risita susurrante y siniestra, le anticipó que al viejo genético todavía le quedaban recursos escondidos dentro de la manga.

El venusiano se hallaba en el otro extremo del salón. Miró la pistola empuñada con firmeza y apuntada hacia él sin denotar la menor intranquilidad. Al parecer le tenía sin cuidado el arma. Limitóse a decir:

-Guárdala, extranjero.

-¡No le hagas caso, Ready! -rechazó Melinda, cuyo bello rostro volvía a transfigurarse por la simple aparición del hombrecillo-. ¡Deshazte de él y salgamos en seguida de aquí!

-¿Lo oye, Gmano? -añadió el terrestre con fría calma-. Eso es lo que desea Melinda... ¡y lo que haré yo! No me gusta su compañía ni su falsa hospitalidad -dijo, mientras se aproximaba caminando lentamente-. Al principio, creí que era usted un bienhechor. Lo creí de corazón. Pero cuando visitamos su infame museo comprendí la verdad, la única que existe, la que le impulsó a impedir que Mwesk pudiese llevarnos ante el Gran Regidor. Experimentar su denigrante ciencia mutativa con seres humanos constituye el sueño dorado de toda su vida. Nosotros, pobres criaturas llegadas a este endiablado mundo por medios más endiablados aún, representamos la oportunidad y la materialización de sus descabellados sueños. No, Gmano. ¡No deseamos ser inmortales a ese precio! ¡Y saldremos de aquí, aunque tenga que pasar por encima de su cadáver!

-Las electropistolas no matan -replicó, mirando al terrestre rectamente a los ojos-. Tú debías saberlo.

-¡Pero paralizan! Lo sé por experiencia. No podrá impedirnos escapar.

-¿Para qué quieres escapar? El Organismo Planetario de Seguridad daría pronto con tu paradero...

-Correré el riesgo. ¡Les explicaré quién y cómo nos sacó del subterráneo! ¡La fuga por la refinería! Eso no le dejará a usted en... en muy buen... lugar... ante...

-Tú «no correrás» ningún riesgo -dijo el venusiano pastosamente-. Ninguno... No dirás nada... Somos amigos... Te salvé la vida... Me perteneces... Grábalo en tu mente... «Me perteneces...»

Ready había llegado hasta unos cuatro metros de él, que continuaba sin moverse ni adoptar posturas extremistas. Se hallaba tranquilo. Anormal y extraordinariamente tranquilo. Sólo sus ojos, dotados de un fulgor que en

vano trataban de ocultar los entornados párpados, parecían denotar vida. Una clase de vida ultraexcitante y, a la vez, apaciguadora.

Un brillo diamantino traspasaba las ranuras rugosas. Movió las manos, describiendo perezosísimos arcos. Y siguió mirando a Ready.

Mirándole con una persistencia y profundidad de abismo. ¡Qué calma tan intensa... y qué sensaciones más raras! Frío y calor. Sueño. Sí. Esto era. «Sueño invencible.»

El hombre dejó de caminar bruscamente. Notó corno si una traba le impidiese mover las piernas. Gmano bisbiseaba con los labios; pero ya no alcanzaba a escuchar ningún sonido. Ahora eran pulsaciones. Leves presiones cerebrales, parecidas a una extraña telegrafía mental.

Ya no odiaba al viejo rugoso y flaco. «Sentía» su presencia sedante y amistosa. No sabía lo que estaba ocurriendo; aunque, de pronto, encontraba estúpidos sus afanes belicistas y hasta la idea de escapar. Gmano era su amigo. Su protector.

Debía seguir a su lado. ¡Y la pistola pesaba terriblemente! No lograba sostenerla entre los dedos. Al fin, con esfuerzo, consiguió separarlos y sintió resbalar la culata por su palma, rozándola con cosquilleante suavidad.

¡PACK! Había caído al suelo. Rebotó. No experimentaba la necesidad de agacharse a recogerla. ¿Para qué? Gmano era su amigo. Su mejor y más sublime camarada.

-¡Vuelve en ti, Ready! -gritó la voz de Melinda con la misma debilidad que si llegase del fondo de un pozo-. ¡Te está hipnotizando!

No había forma de mover ni un músculo. Cuanto le rodeaba resultaba algodonoso y tibio. ¿Hipnotismo? Es posible. Después de todo, el doctor podía enviar «shocks» hipnóticos a los ocupantes de las aceras. ¿De qué aceras?

Diose cuenta, sin alarma, de que ya no tenía brazos, ni piernas, ni cuerpo. Sólo cabeza. Mente dormida y serena. ¡Qué paz! Alguien gritaba. Agudos chillidos de mujer. Bueno... ¿por qué no callaba de una vez? ¿Qué mal le estaban haciendo?

Era Melinda. ¿Conocía él a Melinda? Anduvo por un piso que se hundía a cada paso, un suelo de espuma. Pero... ¿cómo podía andar si no tenía pies? La cabeza zumbaba y producía un leve silbido. Un silbido indescifrable, que sonaba allá en lo hondo, recóndito, junto al nervio de su oído interno.

También la sangre, cuando se agolpa, martillea en los tímpanos. Y en las sienes. Claro que... ¿seguía disponiendo de sienes?

Se lo preguntaría a Melinda. Algún día volvería a verla... en la Tierra. ¿Por qué en la Tierra? Nunca regresarían a su mundo...

Algo se quebró, estruendosamente, en su nuca. Una fibra o una vértebra

alta. Fue igual que un cataclismo en el que caían edificios con estrépito y las mareas oceánicas barrían ciudades enteras, sepultándolas bajo las aguas. Cesaron los delirios.

Movió los labios y paladeó el regusto de un sabor amargo. Abrió los ojos. ¡Abrió los ojos!

Entonces, sólo entonces, comprendió que había estado pensando imágenes deformes con la mente paralizada por los choques hipnóticos del doctor Gmano. Había vuelto a soltar el mango de la sartén... ¡y quizá para siempre!

-Bien, extranjero. Todo ha pasado. ¿No te encuentras mejor?

-¡Váyase a...! -barbotó.

El esfuerzo verbal le reprodujo el dolor de la nuca, sensibilizando la fibra o la molesta vértebra alta. Apretó las mandíbulas, enclavijando dientes contra dientes. La risita insoportable del viejo sonaba a su lado, triunfante y alegre. Levantó los párpados y miró en torno.

Tubos de ensayo, alambiques, instrumental de superficies argentocrómicas. Un laboratorio. Ésta fue su primera impresión. Luz. Un gran derroche de iluminación, proviniendo de arriba, de los lados, de todas partes.

Trató de moverse y no pudo. Algo que retenía de una manera «uniforme». Por igual. Desde la cabeza a los pies. ¡Pero no notaba correas o ligaduras!

-¿Por qué estoy sujeto, Gmano?

-¡Qué pregunta! -ironizó el viejo-. No me seduce tener que atender a mi trabajo... y a las preocupaciones. Tú eres demasiado inquieto.

-¿Va a trabajar... conmigo?

-Un ensayo. Un breve experimento preparatorio que me servirá de orientación en el proyecto más ambicioso del espacio cósmico habitado. Has turbado mi reposo; aunque creo que merece la pena molestarse. De los resultados que obtenga... dependerá «tu inmortalidad».

-¡Suélteme! ¡No puedo mover ni los dedos de las manos! ¡Afloje las ligaduras!

-No hay ligaduras. Te inmoviliza una corriente galvánica, o sea, mediante el contacto de dos metales con un líquido interpuesto. No te esfuerces. Reposa. Relaja los músculos. Debatiéndote, solo conseguirás producir dolores innecesarios.

-¿Y Melinda? ¿Dónde está Melinda?

-¡Ah, ella...! -Gmano se apartó de su lado y Ready le oyó deambular por el laboratorio, removiendo objetos que tintineaban secamente, como el cristal de roca.

-¡Conteste!

-Siempre tan exigente -otra vez la risita, ahora sonando cruel y dura-.

Es una fierecilla. Digna compañera tuya. Se nos escapó mientras yo cuidaba de alejar de tu cabeza las ideas criminales... e inculcar un poco de obediente sumisión. Pean ha ido a buscarla y no tardará en darle alcance. Ella no conoce mi morada y se extraviará con facilidad. Pean la traerá, sí.

-Me anuló con hipnotismo, ¿verdad?

-Eso fue lo que ocurrió. Ahora... -volvió a su lado-. Ahora daremos principio al ensayo. Voy a extraerte un poco de «savia vital». Lo que vosotros llamáis sangre. Con una gota tendré suficiente. No temas. El proceso es indoloro.

-¡No me toque! ¡No se atreva a poner sus asquerosas manos encima de...!

-¡Cállate! ¡Es la gloria lo que te espera, estúpido! Basta de terquedades e imposiciones. Estás a mi merced.

Ready contrajo todos los músculos en un sobrehumano esfuerzo por liberarse de la total inmovilidad. Imposible. El viejo sabía hacer las cosas y aquella elevada corriente galvánica superaba a los más diestros amarres posibles. La tremenda energía desplegada y por completo inútil, le dejó resollante y exhausto.

Gmano le abrió el cuello de la camisa, y pególe al lado de la nuez un objeto aplanado y adhesivo, que recordaba a las ventosas. Aquel objeto oprimía, y Ready pudo sentir los latidos sanguíneos.

-No te muevas -recomendó el genético-. El «drak» está absorbiendo sangre a través de la epidermis, sin causarte herida. Allá en tu mundo habrían empleado una aguja hipodérmica. Están muy atrasados; tanto, que solo pueden compararse a las razas remotas de los confines de la galaxia... Bueno -siguió, variando de tono-. He aquí la extracción. Sangre «roja». ¡Que fascinante!

-Gmano... -dijo Ready con los dientes apretados-. Le juro que si alguna vez salgo de aquí... ¡me las pagará todas juntas!

-No consumas energías. Cuando las tomas de sangre se hagan más frecuentes, necesitarás hasta el último adarme de vigor. Verás qué débil te encuentras.

Dentro de una pequeña cápsula transparente le mostró el rojo malva de su propio tejido sanguíneo, al tiempo que comentaba con legítimo entusiasmo:

-El verificador de reacciones indica que es rica en glóbulos. Gracias, extranjero. Eso me evita adulterarla con concentrados genéticos. ¡Sirve tal como sale de las venas! ¿Te gustaría conocer el proceso? Ante todo, la introduciré en el electrohorno. Ya empieza a adquirir la temperatura justa. El pirómetro señala el gran momento. No; no creas que se espesará -aclaró-. No es un horno como los terrestres. Muchas veces he de hablarte en paradoja para que me entiendas. Tu sangre «no puede» cocerse a pesar

del calor. Luego, viene el análisis criogénico. ¿Te sorprende oírlo?

El venusiano se movía de un lugar a otro del laboratorio, quizá realizando lo que explicaba entusiásticamente a Ready, porque el timbre de la voz sonaba unas veces próximo y otras lejano.

La perspectiva del éxito le había embriagado como un abrasante licor. Sentía la necesidad de exteriorizar sus pensamientos y se dirigía al cautivo lo mismo que si hablase para un importante auditorio.

-Los aparatos criogénicos sirven para convertir gases en líquidos. Un gran avance. ¿Pueden los científicos terrestres obtener la licuación gaseosa con tanta perfección y rapidez como nosotros? Temo que no. Sólo algunos técnicos especialistas en el campo de las temperaturas bajas conseguirán licuar hidrógeno, helio, aire en general. Mis máquinas llegan más allá. ¡Sobrepasan el «cero absoluto»! Tú no lo entiendes. No lo entenderías nunca, pobre ignorante. Pero...

Dejó de hablar. Algo sucedía y Ready, conteniendo su salvaje furor, prestó atención con sus cinco sentidos.

Unos pasos débiles al principio y fuertes después, se acercaban al laboratorio. ¡Alguien llegaba! No tardó mucho en saber de quién se trataba. El sollozar hondo de una mujer le hizo comprender la verdad. ¡Melinda había sido descubierta!

Atrapada y esclavizada como él. Otro medio vivo de extraer sangre rica en glóbulos para crear avernales criaturas mutantes. ¡Compuestos vegetaloanimaloides sin otra razón de existir que su asombrosa longevidad! Entes inmortales. ¡Maldita suerte! ¡Cómo aborrecía al demencial Gmano! Ahora mucho más... ¡puesto que no tardaría en cebarse con la muchacha!

Ya estaba allí. Ready aún no lograba verla porque lo impedía la completa sujeción de la cabeza. Girando los ojos en las órbitas, bizqueando de puro esfuerzo, alcanzó a distinguirles por último.

Sí. Era Melinda. La llevaba en brazos, oprimida contra su pecho, un férreo y monocular autómata como el que derribó después de que la tablilla de mandos se destrozó contra el suelo. Pean, siempre insignificante, abría la marcha.

-¡Ready! -gritó la joven, retorciéndose para escapar del mecánico abrazo.

-¡Mel, chiquilla! ¿Te han hecho algún daño estos engendros?

-¡Ready! ¡Ready! -repetía, debatiéndose contra el impasible «robot»-. ¡Dígale que me suelte, Gmano! ¡Dígaselo! Quiero ir junto a Ready...

-No exijas -contestó el viejo, seguro de su poder-. Ruega. Suplica. Pídelo con sumisión...

-¡Por favor! ¡Por favor, Gmano! ¡No me haga sufrir más!

Gmano rió complacido. Era una pobre compensación a las altiveces que antes tuvo que soportar de los terrícolas; pero lo consideraba algo así como

un gesto reivindicatorio.

Asintió despacio, mirando al atento Pean, y el hombrecillo pulsó un botón de la tablilla que sostenía en las manos, idéntica del todo a la que quedó pulverizada en el salón. Antes de que el «robot» abriese los brazos, Melinda ya había saltado al suelo y corría atropelladamente en dirección al inmovilizado Ready.

-¡Cariño! -musitó ella, besándole con ardor en los labios, en los ojos, en la firme barbilla-. ¡Vida mía! Quería salvarte, ¿sabes? Quería intentarlo... Por eso escapé al ver que Gmano te dominaba con sus golpes hipnóticos, reduciéndote a un estado de obediencia total. Pero no he podido... ¡Soy una tonta! -sollozó-. Pean me descubrió y envió sobre mí una de esas máquinas andantes que...

Gmano y su criado hablaban quedamente. Debían estar comentando las excelencias del experimento, puesto que el genético acababa de sacar la cápsula del electrohorno valiéndose de unas pinzas articuladas.

-Aún puedes salvarme -murmuró Ready.

-¿Qué... qué dices?

-Disimula.

La emoción estremeció a Melinda y la luz de su inextinguible fe en el hombre que amaba brilló en los preciosos ojos, a través de las lágrimas. No entendía lo que Ready estaba diciendo; pero escuchó con atención, bebiendo sus palabras musitadas velozmente. Así pues... ¡había una oportunidad! ¿Cuál?

-Estoy sujeto por una corriente eléctrica -dijo Ready en un murmullo-. Ya hemos tenido ocasión de comprobar que aquí casi todo obedece a sistemas electrónicos. Echa una ojeada en torno. El laboratorio tiene hornos eléctricos, aparatos raros... ¡busca algo parecido a un difusor o a un transformador! Destrúyelo... ¡y cesará el fluido!

-¿Qué es un difusor, cariño?

Ready giró los ojos en las órbitas, desesperado. ¡Si hubiese podido mover una simple mano para señalar!

El doctor y Pean dejaron de hablar. El «robot», privado de movimiento, esperaba a la entrada del recinto, como un soldado impertérrito y disciplinado.

-Un difusor es... es un gran cajón poblado de esferas y voltímetros, del que salen cables diversos. Mira encima. Verás reóstatos de graduación...

-¡Ya sé! -exclamó Melinda.

Gmano giró sobre sus talones y clavó la aguda mirada en ella. Pean, a su lado, puso cara atónita e idiotizada.

-¿Qué es lo que sabes, terrestre? -inquirió el viejo.

-¡Nada! -contestó Mel separándose de Ready y saltando hacia uno de los cercanos tubos de ensayo-. ¡Nada, pigmeos!

-¡«Smmppp...»! -ordenó Gmano con acritud.

Era una orden. Una orden y tajante. Rabiosa.

¡La tardía orden del venusiano cuyo afán mutatorio obligóle a descuidar la vigilancia! ¡Y con los terrícolas no se puede vivir desprevenido!

Pean se dispuso a pulsar el botón que convertiría al autómata en una némesis de movimientos, pero... ¡sólo tuvo el tiempo medido para acurrucarse junto a la boca del horno! El cristalino tubo que Melinda acababa de arrojarles para distraer su atención, se hizo añicos contra el retículo del pirómetro, esparciendo pedazos cortantes en derredor. Ya lo dijo Gmano. ¡Melinda volvía a portarse como una fierecilla!

El amor, y la vida de cada uno, estaban en juego. ¿Cuál de aquellos fantásticos aparatos sería el difusor de comente indicado por Ready? Con el brazo, a golpes, barrió una porción de las probetas que se alineaban sobre la plataforma central.

El estrépito que se produjo impulsó a Gmano a proferir continuos chillidos. ¡Sus reacciones! ¡Sus pruebas genéticas! Pean, en cuclillas, accionó los mandos de control remoto. El ojo de cíclope mitológico que adornaba la frente del «robot» se iluminó de súbito. Igual que una mole cargante y aplastadora entró en acción.

Sus primeros pasos coincidieron con la veloz inclinación de la extraña estantería colgante que Melinda acababa de derribar a empujones. No fue premeditado, sino casual. Pero media tonelada de esféricos botellones, adminículos llenos de un polvo amarillo e instrumentos que tal vez podían encasillarse entre herramientas de cirugía... ¡chocaron atronadoramente contra la espalda del autómata!

No cayó. Poseía la firmeza monumental de una montaña. Dando manotazos, emergió de la pirámide volcada sobre él, luchando por coronar el atasco... ¡tambaleándose y zumbando al máximo las conexiones de su cerebro positrónico![2].

Melinda, aprovechando la confusión creada, se apartó lo más posible de la trayectoria del autómata. Sus ojos buscaban afanosamente, mientras Ready, con el rostro purpúreo, sostenía una batalla sorda contra la retención galvánica que imposibilitaba sus movimientos. ¡Cómo deseaba estar libre y tomar parte activa en la destrucción!

El azar -ese factor incierto que nunca falta en los imponderables- intervino providencialmente.

La dirección seguida por Melinda, siempre sembrando destrozos, le llevaba en línea recta al extremo final del laboratorio. Una larga caja, ancha por arriba y estrecha en su base -que poseía la tétrica configuración de un ataúd terreno- destacaba de la pared. En ella se veían esferas, barras de luz y un chisporroteo de chispas formando arco voltaico en el hueco central.

Gmano chilló con todas sus fuerzas, enloquecido, y Pean hizo

retroceder al autómata para que saliese en persecución de la muchacha. ¡El difusor! Ella lo adivinó más que otra cosa... ¡porque la faz lívida del genético parecía proclamarlo a voz en cuello! ¡El distribuidor de energía, al fin!

El «robot avanzaba machacando residuos con los aplataformados pies... ¡directo a su presa humana! Era un tanque pesado y lento; pero destructor. Melinda vio entonces algo que parecía un taburete, todo metálico. Dorado. ¡Un bonito taburete de «venusio»! Lo asió con ambas manos, vacilando bajo el peso que casi resultaba superior a sus energías...

-¡No lo haga! -gimió Gmano comprendiendo la intención.

-No... no... lo haré... -rió Melinda, estrellándolo contra el chispeante ataúd.

¡SSSCHAFFTGG...! ¡CRISSS...! Un estrépito horrísono, acompañado de estallidos eléctricos y relámpagos azules, sucedió al brutal encontronazo de la pieza de «venusio». ¡La caja se desmoronó como transformada en frágil barquillo!

Un súbito cambio operóse en derredor. ¡Una transformación que sólo podría describir Maquiavelo con la pluma tinta en fantasía!

Fuertes chispazos aparecieron en todos los lugares del laboratorio. La iluminación parpadeó, se apagó y volvió a encenderse, oscilando como la llama de una vela movida por soplos de viento. Secas llamaradas lengüetearon en la boca del horno. Todos los cables que partían del distribuidor se quemaron de inmediato y el picante olor a descargas eléctricas invadió el lugar.

Melinda se volvió, un tanto asustada por el exorbitante estropicio que acababa de originar, para consultar al terrestre con la mirada y...

-¡Ready! -gritó, aterrorizada-. ¡No, no...!

Un zarpazo bárbaro que la atrapó por el hombro impidió que concluyese la frase. ¡El «robot»! El soldado mecánico e impersonal... ¡la había atenazado con su enorme fuerza, atrayéndola hacia sí!

Aunque trató de oponer furibunda resistencia, antes de que tuviese tiempo de comprender lo que ocurría viose alzada en vilo, trasportada como un grano de polvo y pegada violentamente al pecho de frío metal. ¡De nada servían sus contorsiones agónicas! ¡La prensaría bárbaramente!

-Re... Ready... -suspiró.

El joven, libre del contacto galvánico, brincó igual que un muelle sometido a tremenda tensión. No era un hombre, sino un demonio dominado por la furia y el deseo implacable de arrasarlo todo. ¡«Adelante, Ready»! ¡«Machácalos»! -gritaba una voz en su cerebro.

Saltando en limpia parábola, cayó pesadamente encima de Pean, arrollándolo de modo semejante a como lo haría un ciclón azotando briznas de hierba. El hombrecillo aulló de pavor. ¡CHAPP! El violento palmetazo

aplicado en su diestra disparó por los aires la tablilla de control remoto... ¡que chocó en la pared y se destrozó! ¡Final de las ondas directrices!

No disponía de tiempo para recrearse con el resultado de su fulminante ataque, aunque supo que el «robot» dejaría inmediatamente de martirizar a Melinda. ¡Gmano estaba ante él, acorralado como una rata!

La palidez demudaba su arrugado rostro. Trémulo y desencajado, le miró a los ojos fijamente... ¡Sus labios quisieron murmurar palabras que se negaban a salir!

-¡Hipnotíceme! -desafió Ready-.¡Pero hágalo pronto!

Apartando lejos de sí al ovillado Pean, el terrícola se abalanzó sobre el venusiano. Las grandes y musculosas manos lo sujetaron igual que a un paquete animado de vida. ¡Basura! Esto era el viejo diabólico que fabricaba mutantes. ¡Y a la basura iría!

Una pequeña cubeta que contenía verdoso líquido refulgía cerca de unos tubos requemados por el estallido eléctrico. Volviéndolo cabeza abajo, Ready lo suspendió y tomó impulso para sumergirle sin miramientos. ¡Ahora sabría lo que es tragar agua a placer!

-¡No me mojes! -suplicó en un alarido erizante-. ¡Por tu Dios te lo pido, extranjero! Es... es un ácido que corroe y destruye. ¡Me abrasaría en una atroz desintegración molecular!

-¡Celebro saberlo, vieja momia! ¿No has experimentado con genes de vida? ¡Conoce en carne propia el horror de tus monstruosidades!

-¡No! ¡Somos amigos! ¡Yo te salvé la vida...!

Ready detuvo el ademán a pocos centímetros de la superficie. En ella, deformada, se reflejaba la cara descompuesta de Gmano. Estaba llorando de terror. ¡Había lágrimas en sus ojos! ¡El miedo a morir lo convertía en un desdichado y cobarde payaso! Pero tenía razón. Él les salvó la vida. Quedaba una deuda en pie. Innegable.

-Te... te llevaré al pantano -prometió-. Os sacaré de aquí... ¡Seré vuestro esclavo! P... pero no me mat...

-¡Repite otra: vez lo del pantano! Vamos. ¡Dilo de nuevo!

-Sí, sí... Os llevaré allí... Yo mismo... En el titromax.

-¿Qué es el titromax?

-Una nave... ¡Iré donde tú me mandes, extranjero! ¡Lo juro por mi honor!

-Déjalo --pidió entonces la voz desfallecida de Melinda Kingman, surgiendo trabajosamente de los destrozos-. Su vida por la nuestra... y estaremos en paz. No me gustaría verle morir, del mismo modo que repugna aplastar a un bichejo inmundo.

Ready miró a la desgarrada y llorosa Melinda que aparecía ante él. Fue a decir algo. Quizá algo en el alegato a la justa actitud que disculpaba su pretendido castigo. Pero no habló.

Hombre y mujer se miraron en silencio, sonriendo poco a poco. Al fin, cuando Ready dejó al estremecido Gmano a sus pies, ella anduvo a su encuentro y le abrazó.

El chasquido de los besos se mezcló con el gimotear de Pean y los jadeos estertóricos del genético.

-Seremos libres... ahora para siempre -murmuró Melinda.

-Y te devolveré a la Tierra -completó él-. La promesa sigue en pie.

De nuevo el mango de la sartén se hallaba en poder del hombre. Y ellos confiaban que continuaría así por mucho tiempo. ¿Estaban en lo cierto? Acaso Gmano tenía la última palabra.

CAPÍTULO VII
TIERRA CENOZOICA

El titromax era un aparato cupuliforme, construido enteramente de un metal liviano, que en Venus se utilizaba para servicios domésticos y cortos viajes aéreos por el interior del planeta.

A pesar de que no existía semejanza, ni tan solo leves puntos de contacto, Ready lo comparó mentalmente con los helicópteros particulares tan en boga entre miembros de los aeroclubs de su país.

Su capacidad resultaba lo más enojoso para ellos. Los dos terrícolas ocuparon la estrecha cabina direccional y el propio Gmano, pese a su pequeñez, se vio en un aprieto antes de lograr acomodarse. A Pean, desde luego, no había forma de incluirlo... a menos que en Venus hubiesen resuelto el problema de la impenetrabilidad de los cuerpos.

-Lo dejaremos -decidió Ready-. Pero quiero que le ordene permanecer quieto en la casa, Gmano. A usted le obedecerá ciegamente. De lo contrario, me veré en la necesidad de eliminarlo.

-No le mates. Pean es inofensivo.

-Dígale que su vida nos responde de que cumplirá lo ordenado.

Gmano más viejo y rugoso que nunca, ya no era el mismo orgulloso doctor que antes conocieron. La, derrota también representó para él un apabullante desastre moral. Los trabajos de laboratorio tardarían mucho tiempo en volver a su nivel, porque en la pelea se destruyeron reacciones y cultivos de futuras mutaciones.

Por fuerza, debería interrumpir .su labor... en un punto que ya consideraba la culminación de sus desvelos científicos. Tenía la mirada gris, sin brillo. La cabeza caída sobre el pecho. Accedió a dar las órdenes que Ready le exigía con esa frialdad y apatía impersonales que distinguen la total indiferencia Se habría dicho que la vida perdió todo interés para él, sepultada bajo la destrucción que asolaba el laboratorio.

El titromax se elevó verticalmente, con ronco gruñido dejando una estela vaporizada de gases rojizos flotando a pocos metros de la superficie. Diez segundos más tarde, era apenas un puntito indefinible en la gran bóveda topacio del cielo venusiano.

Amanecía lentamente. Desde la gran altura alcanzada, los terrestres podían contemplar el majestuoso espectáculo del espacio tachonado de estrellas y otras raras agrupaciones cumuliformes.

El Sol, inmenso, reinaba con absoluta hegemonía, empalideciendo constelaciones, borrando nebulosas y marchitando el fulgor de las vivas «alfas». En aquel infinito vacío cósmico, mezclado con los rutilantes granillos de luz, gravitaba el sistema Tierra-Luna. Dos astros más del Gran Espacio. ¡Los da mayor significación y preponderancia para Melinda y

Ready!

-En el fondo, creo que no le guardo rencor, Gmano -dijo el terrícola de improviso-. Usted supone que el fin justifica los medios. Pero la única verdad es que nosotros no deseamos terminar en calidad de mártires de la ciencia.

-Nunca podréis comprender la destrucción causada -repuso Gmano sin apartar la vista del cuadro direccional-. Nunca. Marchaos. Marchaos para siempre de Secundus. ¡Ojalá no hubieseis venido jamás!

-Eso es ponerse en razón. Honestamente no puedo decir otra cosa, porque los humanos consideramos la inmortalidad como una plaga...

-¡Los humanos! -el viejo rió cascadamente-. Callad. ¡Os odio a vosotros y a vuestro insípido mundo de bárbaros! Quizá debería realizar una acción heroica... Volvéis a estar en mis manos. Yo puedo abandonar los mandos v el titromax se desharía en mil pedazos contra las montañas de allá abajo. Sí. Quizá debía portarme como un héroe... pero no tengo valor.

Una sospecha repentina asaltó la mente de Ready. Aquello parecía una confesión. Una revelación de sus más caros pensamientos. ¿Y si -preguntóse- el doctor les preparaba alguna traición? Verdaderamente... ¿carecía de valor para estrellar la espacionave? ¿No sería que habría urdido algo peor para ellos?

Desechó los temores. Del abatimiento moral del viejo no resultaba lógico esperar grandes amenazas. Estaba acabado. No; no había nada que temer.

-Usted prometió... -dijo acusadoramente.

-No me lo recuerdes, extranjero. Cumpliré la palabra empeñada. Os dejaré en el pantano -un quejido escaño de su boca-. Me maldigo por mi cobardía. Sólo encuentro una razón para justificarla: Debo proseguir mi labor genética. Ello disculpa en parte la estupidez cometida. ¡Que los dioses iluminen mi camino!

Melinda oprimió el brazo del joven y, cuando éste se volvió a mirarla, le hizo un expresivo gesto dándole a entender que seguía considerando al venusiano un completo anormal. Ready se encogió de hombros.

-Cada cual con su conciencia -rezongó-. Lo importante es que vamos camino del pantano, Mel. ¡Hemos vencido tantas dificultades que llegué a considerarlo imposible! ¿Imaginas lo cerca que estamos del final? ¡La diosa de «venusio» nos devolverá a la Tierra!

-Lo deseo tantísimo, querido.

-Yo también. Echo de menos una infinidad de cosas -lanzó una carcajada espontánea-. ¿Qué cara pondrá tu padre cuando nos vea aparecer de nuevo?

-No creerá ni media palabra de cuanto le digamos.

-Seguro. Tal vez deberíamos callar esta aventura. No me seduce la idea

de ser internado en un sanatorio para enfermos mentales.

-¿Y qué podemos decirle?

-No sé... Acaso, que te rapté para casarnos.

Los ojos de Melinda se iluminaron de gozo.

-¡Qué extraña aventura hemos vivido! ¡Nunca podré olvidarla!

-Todavía la estamos viviendo.

-¿Tienes confianza en Gmano? -preguntó junto a su oído.

-Sí. Por raro que parezca, la tengo. Creo que ahora se comporta de buena fe. No intentará nada. ¿Y tú?

-Yo estoy llena de prevenciones. Me parece imposible que desista de sus propósitos. No olvides que si una vez se jugó la piel para traemos a su palacio... bien puede repetirlo ahora, en el momento que menos lo supongamos. Vigílalo, Ready. ¡No soportaría atravesar por otra situación igual!

-No nos torturemos con sospechas -determinó-. Las circunstancias han variado. Aceptemos la realidad del momento presente. Ha costado mucho. Desfallecimos y sacamos fuerzas de flaqueza para superar las crisis. Ahora, nos encontramos a bordo de esta nave que nos devuelve a la franja de terreno cenozoico. En pos de la quimera que nos trajo... y que es el único medio de teleportarnos al planeta de origen. Pronto dejaremos atrás los tormentos, las insidias de Gmano, la superciudad donde nos buscan los hombrecillos de Mwesk... y nos causará risa recordar que existe un mundo cercano al Sol, gobernado con mano dura por un sujeto llamado Gran Regidor, donde nosotros vivimos y padecimos la persecución más fantástica imaginable.

-Tienes razón, Ready -asintió ella, descansando la cabecita en el hombro varonil-. Supongo que es humano mirar con prevención una felicidad que juzgamos excesiva.

-Pero la merecemos.

-Sí. La merecemos, cariño.

-Entonces... ¡vivámosla con alegría, con intenso gozo! ¿No te das cuenta de lo mucho que significan estas palabras? ¡Somos libres y pronto volveremos a pisar la corteza terrestre!

-¡Es sublime...! Cuesta un poco hacerse a la idea, ¿verdad?

-Para mí no encierra dificultad alguna. ¡Regresar a la Tierra! Lo único que encuentro fantástico es ese concepto «regresar». Tanto que... siento vértigos. ¡Si pudiésemos contarlo sin que nuestros mejores amigos estallasen en carcajadas...! Pero no. Creo que en semejante sentido no hay opción. El silencio será lo más indicado y, por supuesto, hilvanar una historia falsa... que no se parezca a la realidad. Todos nos creerán entonces. ¿No resulta curioso? Aceptarán una mentira y en cambio se burlarían de la verdad.

-Ready... -ella entrelazó los dedos en la mano del joven-. ¿Le dirás a papá que me raptaste para... para casarnos? ¿No ha sido una broma?

-¿Te gustan las bromas crueles?

-¡Oh, no! Pero...

-Dilo. Me gustaría saber lo que bulle dentro de esa encantadora cabecita.

-También «eso» es muy fantástico. Me refiero a nuestro amor. El soltero más donjuanesco de Sturgis... ¡casado con la «pequeña» Mel!

-Quizá debía hacerte una confesión.

-¿Sí?

-Puede que no me enamorase antes porque siempre te veía con los ojos de la imaginación. Ya sabes. Nosotros nos conocemos casi toda la vida. Recuerdo que de chico iba a la tienda de tu padre... para empeñar los libros de estudio. Obtenía algunos centavos y con ellos satisfacía mis caprichos. Una vez, esto no podré olvidarlo, el viejo Ben no quiso cobrarme cuando pasé a retirarlos. ¡Y tú eras una chiquilla que lucía trenzas, masticaba chicle y montaba en bicicleta vestida con unos pantalones vaqueros! ¿Cómo iba a fijarme en...?

-El tiempo pasa.

-Ahí está el quid de la cuestión. Creo que empecé a darme cuenta de ello aquella mañana en que nos metimos en la trastienda para examinar el mecanismo de la estatuilla. ¡Qué lejana parece después de tantas trapisondas! Entonces, te vi tal cual eres ahora... y me causaste un poco de miedo. Cuando un hombre siente miedo de una mujer, ocurren dos cosas: Se va para siempre de su lado o....

-¿O...? -inquirió Mel clavando en los suyos sus preciosos ojos.

-O acaba casándose con ella -rió Ready-. Así quedan explicadas las cosas, ¿no?

-Ready... ¡amor mío! ¡Si yo te quiero desde la primera vez que nos encontramos en la escuela! Eres un tonto que no te dabas cuenta de nada... ¡Teniendo el amor a dos palmos de la nariz! Me has hecho sufrir horriblemente... con todas esas mujeres colgadas de tu brazo, que parecían lucirte por la calle como un trofeo de guerra.

-¡Bien! Bullían bastantes pensamientos dentro de la encantadora cabecita, ¿eh?

Los dos rieron ahora, y se estrecharon las manos cálida y amorosamente. Se hubiese dicho que ya no estaban en Venus. Que ellos, en aras de su felicidad, habían roto todos los sortilegios y se «sentían» en su mundo de siempre, en el que nacieron, vivieron y esperaban morir.

Sin embargo, como les ocurre a los ilusionistas, empezaban a vender la piel antes de matar al oso. Bastaba echar una ojeada al exterior para advertir que continuaban en el planeta Secundus, bajo su atmósfera densa y

envueltos por las lejanísimas nubes polvorientas -las capas protectoras de que habló Su Dignidad-, constante e invencible obstáculo para las exploraciones telescópicas terrestres.

Pero algún día llegaría -como también dijo Mwesk- el gran milagro. El premio al esfuerzo y a los sacrificios en pos de un mejor logro científico. ¡Ese día aterrizarían las astronaves en Venus y un escuadrón de terrícolas entraría a pie firme en la superciudad! Puede que para entonces, díjose con cierto escepticismo, el doctor Gmano ya contara con la «mutación perfecta» dotada de vida inmortal.

A sus pies, mil y pico metros por debajo, el paisaje íbase transformando. Lo advirtieron con gran regocijo por su parte, ya que la variación implicaba una mayor aproximación a su cenagosa meta.

Una selva exuberante y lujuriosa, cien veces más espléndida que la mayor jungla terrestre, se extendía hasta los confines del horizonte, pintando de un verde polifacético la ondulada superficie venusiana.

-Fíjate, Mel -indicó Ready-. ¿La conoces?

-¡Sí! ¡Una vieja amiga nuestra!

-La zona tropical -dijo Gmano-. El vuelo está llegando a su destino.

Cierto. ¡Y los terrícolas lo sabían perfectamente! Aquella parte del trópico venusiano la habían recorrido a pie, sufriendo penalidades y zozobras.

A lo lejos, perdidas entre las brumas matinales que el Sol comenzaba a disipar, destacaban las cordilleras, los altos macizos montañosos hacia los que se dirigieron antes de tropezar con el pantano... ¿Cuánto tiempo hacía de ello?

Gmano manejaba el timón direccional con rostro entristecido. Lamentaba de veras que las cosas se hubiesen puesto en contra suya, acarreándole una rémora en su labor genética. Pero estaba dispuesto a cumplir la promesa, porque -lo recordaba con horror- nunca hallóse tan cerca de la muerte. ¡Y qué muerte más espantosa!

Los ácidos de la cubeta le habrían corroído hasta los mismos huesos. ¡Una destrucción total y salvaje! Morir -quizá por ello se afanaba en sus mutaciones- le aterrorizaba como nada.

Uno de los muchos instrumentos que relucían con diversos matices en el atiborrado salpicadero, enrojeció de súbito y dejó escapar un sonido parecido al zumbar de un insecto. Ready, atento a la menor anormalidad, trasladó la mirada sobre aquel punto.

-¿Qué es? -inquirió, seco.

-El detector de proximidad -explicó Gmano.

-Ya entiendo. Una especie de «radar».

-Puede que vosotros lo llaméis así en tu mundo. Sirve para señalar la presencia da otra nave...

-Lo imagino.

-Vuela por arriba de nosotros -el doctor consultó los mandos-. Es extraño... ¡en la misma dirección! Le llevamos una cierta delantera y... -se interrumpió de pronto-. ¡Parece como si nos persiguiera! -terminó, exaltándose.

-¡Gmano! -exclamó Ready, sujetándole por detrás de la nuca-. ¡Maldito; chimpancé! ¡Nos ha traicionado!

-¡Oh, no! Te juro que no, extranjero... ¡Suelta! ¡Me lastimas!

-¡Debería acogotarle aquí mismo! ¡No cumplió su palabra!

El venusiano se debatía bajo la dolorosa presión de los dedos. Apartó una mano del timón y trató de deshacer el torturante ahogo. No lo consiguió, porque la fuerza del terrestre era seis veces superior a la suya.

Ready oprimió hasta que el dolor le hizo chillar y sus ojuelos atemorizados lagrimearon. Entonces, dándole unos segundos de respiro, aflojó la tenaza.

-¡Le mataré! -prometió-. ¡Sáquenos del alcance de esa nave, Gmano!

-Son... son más rápidos que nosotros... ¡y ganan espacio! Yo no he tenido nada que ver, extranjero.

-¡Habrá sido Pean! -apuntó la trémula Melinda.

-Tampoco -rechazó el viejo-. ¡Creedme! Nosotros hemos obrado con nobleza. Será alguna nave exploradora. ¿Has olvidado que te salvaron de los monstruos del pantano, extranjero? Ellos son... ¡los vigilantes del cielo! Nos detectaron y acuden a ver de quienes se trata. Cumplen con su obligación... De veras... ¡Lo juro! ¡Estoy diciendo la verdad!

Al menos lo parecía. El hombrecillo se encontraba transfigurado de puro pánico. No había regocijo ninguno en la situación. Ready se mordió los la dos. ¡Otro conflicto! Cuando ya la aventura les sonreía... ¡a dos pasos del pantano!

-Se aproximan -señaló Gmano consultando las indicaciones del detector-. ¡Dentro de poco nos avisarán!

-¡Salga de su radio!

-Será inútil. Nos seguirán la pista con facilidad y si realizamos maniobras sospechosas comprenderán que...

-¡Salga he dicho! Descienda. Vuele todo lo bajo que permita este cacharro.

-Será inútil -repitió-. Inútil. ¡Estamos perdidos!

-No renuncio a la libertad.

-Para vosotros es la libertad... ¡para mí la muerte! El Gran Regidor no me perdonará haber faltado a las leyes. ¡Qué inmensa alegría para Mwesk!

-¡No pierda el tiempo en lamentaciones! Pique o planee. ¡Vamos! Cuanto más cerca estemos del suelo, tanto más difícil será que nos localicen. Si ese chisme que llama «detector» actúa por ondas, un exceso

de obstáculos les desorientará. ¡Y abajo está la selva!

Había cierta lógica deductiva en lo que Ready decía y el viejo obedeció con presteza. La nave, pese a su naturaleza utilitaria, ofrecía gran ductilidad de movimientos y pasaron del vuelo horizontal a un descenso brusco sin apenas cabeceos.

De todas formas, Gmano estuvo en lo cierto. El indicador de proximidad reflejaba hasta las evoluciones de la otra astronave, que debía ser, por supuesto, de mayor tamaño y potencia. ¡Apenas cien metros los separaban!

A vuelo rasante, silbando por arriba de las copas de los gigantescos árboles que corrían en sentido contrario a su avance como una interminable alfombra animada de vida, el titromax trató de desnegarse de su perseguidor. La persistencia con que igualaba su rumbo e intentaba superar la velocidad eliminaba hasta la más remota posibilidad de que pudiese tratarse de una coincidencia fortuita. ¡Iban a la caza de los fugitivos!

El Sol, esplendoroso, vencía las nieblas del amanecer y permitía por instantes una mayor visibilidad bajo el anchuroso cielo topacio. Gmano había palidecido. Manejaba los controles del titromax con febril ansiedad. Melinda se arrebujaría contra Ready y sus esfuerzos por no estallar en llanto eran tan visibles que en vano procuraba ocultarlos. ¡Después de tantas ilusiones!

Los círculos luminosos del «detector» se ensanchaban y hacían más rápidos. El terrícola consultó a Gmano con la mirada, y el viejo asintió nerviosamente. ¡Los seguidores estaban «justamente» arriba de ellos! ¡No podrían eludir su acoso!

El rugido de los motores protónicos atronaba la jungla y alborotaba las exóticas aves, que escapaban en todas direcciones entre atemorizados escarceos. Las copas rozaban casi la panza plastovítrea del titromax, y algunas ramas bajas eran arrancadas de cuajo por el violento embate. Gmano, víctima de un terror pánico, chilló de pronto:

-¡Ya nos han visto! Ahora ordenarán que...

-¿Dónde? -demandó Ready.

No necesitó esperar la respuesta del viejo, porque para localizar a sus alados acosadores; le bastó con elevar la mirada hasta las capas transparentes del techo cupuliforme. Sí. Melinda se abrazó a él, gimiendo. ¡Los tenían encima! ¡Y solo podía tratarse de soldados, ya que el característico color azul de la nave así lo confirmaba!

-El Organismo Planetario de Seguridad, ¿eh, Gmano? -afirmó más que preguntó.

-Sí. No... no hay remedio, extranjero. ¡Pero te repito que yo no les he avisado...!

-Ya lo sé -atajó Ready-. Conozco ese tipo de nave. Debe tratarse de una

patrulla exploradora, en efecto. ¿Qué podemos hacer?

-Ellos nos marcarán la pauta a seguir...

Era una espacionave esférica, sin orificios aparentes y totalmente lisa de superficies. Ready comprendió en seguida que estaba en lo cierto, por la sencilla razón de que ya una vez se vieron obligados a pasar a bordo, cuando les capturaron cerca del pantano. La rutilante «bola» azul volaba a veinte metros de distancia, exactamente arriba del titromax, y, de hecho, podían considerarse los dueños de la situación dada la ventajosa posición aérea.

Con una simple escopeta de caza les habrían rociado de perdigones desde la proa a la popa.

¡No existía escape! Volviendo los ojos al horizonte, negándose a aceptar la evidencia, el terrestre advirtió que la jungla se clareaba a lo lejos y que la dura tierra venusiana adquiría nueva fisonomía en los linderos de la apoteósica vegetación.

Largas grietas surcaban el suelo, y montículos cuarteados se alzaban en gibas irregulares, formando olas de mar. La flora -¡podía apreciarlo!- era allí también distinta. Más raquítica, menos verde... ¡y una mancha oscura espejeaba entre laureles, sasafrás, palmitos y sauces! ¡El pantano! Cinco minutos de vuelo bastaría para llevarles a su anhelada meta. ¡Sólo cinco míseros minutos!

-«Kmmmsss... Kmmmsss...»

Ready dejó de pensar. Una lucecita destellaba en el tablero de instrumentos y el familiar acento tartajeante de los secundinos dejóse oír a través del receptor. ¡Estaban transmitiendo instrucciones!

Gmano replicó algo breve y apenas musitado. La voz transmisora continuó dando órdenes. Los ojos de Melinda, tan agrandados que parecían doblemente bellos, miraron a Ready. El joven, antes de que el doctor pudiese volver a contestar, le puso una recia mano sobre el hombro.

-¿Qué ocurre? -indagó-. ¿A qué viene esa conversación? ¡Dígamelo todo, Gmano!

-Nos conminan a descender. Ya han descubierto que mi titromax está ocupado por extranjeros. Los rayos «Z» han revelado vuestra presencia...

-¿Y usted? ¿Qué ha respondido?

-¿Qué puedo responder? ¡Si me niego nos derribarán con descargas desintegrantes! ¡Esta nave no resistirá el más leve bombardeo molecular!

-Escuche -la voz de Ready era tensa y dura-. Escúcheme bien... ¡y no reduzca la velocidad! ¿Ve aquello del fondo?

-Lo veo; pero...

-¿Sabe lo que es?

-El pantano.

-De acuerdo, Gmano. ¡Adelante, pues!

-¡Nos echarán al suelo del primer tiro!

-No ofrezca tan buen blanco. ¡Muévase! ¡Zigzaguee! ¡Salga de la mira de sus armas!

-¿Cómo? -gritó el viejo-. ¡Ignorante extranjero! Las descargas desintegrantes actúan por autodirección. ¡No hay medio ninguno de esquivarlas!

-¡Nosotros inventaremos el medio!

El receptor dejó oír de nuevo la voz imperativa que ordenaba obedecer. Atravesaban por un momento de tensión casi alucinante, ya que nunca habían estado tan cerca de la «verdadera» libertad, y sin embargo... ¡tan ridículamente lejos! Gmano, desasiéndose de la garra que pesaba sobre su hombro, alargó la diestra para dar vuelta a una especie de conmutador...

-¡Quieto! -atajó Ready-. ¡Continúe en línea recta! ¿Es que no se da cuenta, viejo estúpido? ¡Vamos a salir de la jungla!

Los tremendos baobabs y tilos gruñían bajo el titromax. Melinda, unidas las manos, murmuraba una ferviente oración. El genético, lívido y desesperado, mantenía una rabiosa lucha interior consigo mismo. ¡Y la mancha líquida del pantano se encontraba cada vez más cerca! ¡Hasta podían verse también los dispersos monstruos prehistóricos que pululaban por los contornos!

-¡No llegaremos! -jadeó Gmano.

-¡Pruebe! ¡Ya falta menos!

-¡Te digo que no llegarem...!

¡SSSPANNNG! Un ramalazo de fuego rojo brotó de la nave esférica y chocó, abrasador, contra la cúpula del titromax. ¡La descarga de aviso! ¡La próxima sería definitiva si se obstinaban en desobedecer!

El material se derritió instantáneamente y largos goterones resbalaron hasta el interior de la cabina direccional. ¡Desintegración molecular! A través del babeante boquete abierto podían contemplar claramente la esferonave policial, que refulgía como una joya azul reflejando la luz solar.

-¡Nos derribarán! -aulló el viejo-. ¡Yo no quiero morir!

Alejó las manos del timón igual que si estuviese convertido en un hierro candente y se echó hacia atrás en el asiento. ¡El receptor daba instrucciones rápidas, que podían considerarse el ultimátum definitivo!

Ready, apartando al doctor de un empellón, asió los mandos y procuró mantener el rumbo. Abajo, enloquecido, un río verde y ruidoso arañaba la panza del titromax. ¡Era el fin!

-¡No se mueva de ahí, Gmano!

-¡Déjeme salir! ¡Estamos condenados a...!

¡SSSPANNNG! En el mismo momento que Gmano tiraba de una anilla situada al final de la cabina, con el evidente propósito de abandonar la nave voladora, tal vez utilizando algún medio ignoto de descenso, una nueva

explosión producida por los chorros de fuego rojo envolvió al titromax. La nave entera se tambaleó en el aire, estremecida por una convulsión apocalíptica.

El timón dio un salto tan brusco que Ready viose obligado a soltarlo. ¡Volaban a la deriva! Galvanizado por el trágico fin que les aguardaba, giró el cuerpo y buscó a Melinda. ¡Su pensamiento le dictaba el deber que tenía de protegerla!

Gmano, caído de espaldas en la pared y con el rostro contraído por una mueca feroz, sollozaba de dolor. ¡De sus ojos escapaban columnas de humo escarlata!

La ígnea descarga le había abrasado la cabeza y considerable parte del cuerpo, después de producir en el titromax un desgarro que destrozaba toda la estructura cupuliforme. ¡Se iban abajo! ¡A la selva!

-¡Ready! --gritó Melinda.

-¡Voy a por ti, cariño! ¡No temas nad...

Un zarandeo indescriptible les lanzó el uno contra el otro y llenó sus oídos con la agudísima cacofonía de brutales ruidos. La astronave particular, falta de dirección y con los motores quemados, segó las ramas altas de los árboles y se despedazó entre fortísimos golpes contra los troncos. Una vertiginosa sucesión de verde húmedo azotó el fuselaje e hirió a los desvalidos tripulantes.

De pronto, furiosamente, cesó todo. ¡Un calvero en la jungla apareció sembrado de partes mecánicas violentamente destrozadas y cuerpos derribados a capricho! El cimbrear de copas y los agónicos quejidos de Gmano fueron los únicos vestigios sonoros que quebraban el profundo silencio.

Ready Porter, sacudiendo la embotada cabeza, trató de apoyarse en una roca plana para ponerse de pie. Le dolía todo el cuerpo lo mismo que si acabasen de introducirle por el rodillo de una trituradora. Se pasó una mano por la frente y la retiró empapada en sangre. Sus ojos extraviados, de demente, buscaron a Melinda.

-¿Es... estás bien, Ready? -susurró ella, arrodillándose cansadamente.

Tenía los hombros y brazos arañados. Un surco sangrante le cruzaba el cuello. Su blusa se hallaba reducida a jirones y otro tanto podía decirse de la falda. ¡Pero vivía! La emoción de este descubrimiento mutuo hizo que riesen incongruentemente al tiempo que se miraban a los ojos.

-¡Cariño!

-Ready... ¡nos hemos salvado!

El hombre la tomó de la mano y tiró de ella. El lindero de la selva había quedado atrás. Ante ellos, ya no se veían hierbas altísimas, ni árboles gigantes, ni trepadoras inverosímilmente desarrolladas formando barreras casi infranqueables.

El leve vientecillo que soplaba llevó hasta su olfato el olor pútrido, encenegado... ¡Pisaban tierra cenozoica, agrietada! ¡El pantano brillaba entre la maleza de sus riberas!

-¿Y Gmano? -preguntó ella.

Ready echó una ojeada en derredor. El hombrecillo yacía boca arriba, junto a un manojo de hierros retorcidos que era cuanto quedaba del titromax. De su calvo cráneo escapaba, a goterones, una viscosidad pastosa y oscura. Una substancia fundamental. ¡La masa encefálica! La roca situada junto a él se veía claramente tinta en partículas cerebrales. Después del abrasón de rayos rojos, el golpe resultó fatal.

-Ha tenido mala suerte. ¡Vamos! ¡No hay que preocuparse de él!

Los dos corrieron, sacando fuerzas de flaqueza, por el suelo árido y granulento donde crecían zarzales y arbustos de una era que jamás holló la planta de un mortal. En torno a ellos, revoloteantes, graznaban pájaros de plumaje multicolor y pico llano de dientes. ¡Fauna y flora de la prehistoria! ¡De la faja de terreno más joven de Venus!

Bajo aquel mismo cielo topacio y el despiadado sol, la esferonave azul acababa de posarse en la superficie. Estaban en el pantano, sí; pero... ¡aún no tenía ganada la última jugada de su trajineada partida!

CAPÍTULO VIII
LA GRAN DECISIÓN

Correr. Ésta era la ineludible y perentoria consigna que animaba a los terrícolas. Correr desaforadamente, sin descanso, salvando obstáculos a fin de alcanzar las márgenes del pantano antes de que los hombrecillos advirtiesen la huida y se cansasen de buscar sus restos en el calvero donde yacía el cadáver de Gmano. ¡Correr como nunca jamás!

Ready sabía que de la rapidez de movimientos dependía todo. «TODO». Las grietas les obligaban a saltar igual que participando en una decisiva carrera a campo través. Por momentos se hacían mayores, verdaderas zanjas. Empezaban a descubrir manifestaciones de vida en derredor. Lagartos de variados colores, asustadizos, que corrían a refugiarse al escuchar el martilleo de los atropellados pasos. Tortugas y acaparazonados tapires. Dragoncillos de plata escamosa, qua reptaban por las rocas negras y ásperas.

-Te... temo que no logremos llegar -jadeó Melinda.

-¡Ánimo! ¡Claro que llegaremos! No desmayes. Déjate arrastrar por mí... ¡y mueve las piernas lo más de prisa que puedas!

Correr. ¡Correr! ¿Cuándo acabaría aquella atolondrada y desesperante aventura? Los zarzales florecían entre las fisuras de la tierra hendiendo sus púas penetrantes cual cuchillos damasquinados. El arbolado apenas existía, porque las raíces no conseguían germinar en aquel suelo cuarteado y pizarroso. Grandes moles pétreas se recortaban contra el cielo, desafiantes. Los helechos y las cicadáceas destacaban al frente. Ahora -¡bendito fuese!- el olor a fango lo ocupaba todo. Y también veían los cuerpos relucientes, chapoteantes, del antepasado del hipopótamo: ¡Los saurópodos!

Bestias colosales, enormes, de treinta y pico toneladas de peso. ¡Pero no estaban solos! La pavorosa fauna que ya conocieron en su visita anterior se arremolinaba por los contornos, atraída su atención a causa de la extraña intrusión de los fugitivos.

Terópodos esbeltos. Osteocéfalos troodontes, con sus bultos óseos en la cabeza. Monotremas de pesadas patas. Y fobosucos, el supercocodrilo del pasado antediluviano terrestre, que gozaban del sol y la tibieza del agua ludiendo panza abajo por las orillas de la gran charca. ¡Todo un parque zoológico cuyos apetitos devoradores sentirían el incentivo de la presa fácil, el exquisito bocado humano! ¡El viento llevaría hasta ellos el aroma de carne fresca!

-¡Ready...!

-¡Corre, Mel! Hay que volver a la orilla. ¡Busca indicios! ¿Recuerdas el lugar donde fuimos atacados?

-Yo... ¡Oh, querido! No puedo recordar nada. ¡Estoy aturdida de horror!

El hombre gruñó algo por lo bajo, pero siguió tirando de la mano de Melinda, arrastrándola prácticamente. Temía volver la cabeza. Un sexto sentido le avisaba que los hombrecillos de Mwesk habrían emprendido ya la persecución.

Los matorrales enmarañados constituían su exclusivo enmascaramiento para hurtarse a las miradas de los venusianos. ¿Y si volvían a utilizar el rayo rojo? No era ésta la primera vez que presenciaban sus demoledores efectos. Qué ocurrió con la cabeza del saurópodo? Sencillamente... ¡fue desintegrada!

Lo veía nítidamente Con los ojos de la imaginación. Él, Ready, se interpuso en su camino cuando trató de atacar a Mel. Logró distraer su atención y, entonces, el monstruo del pantano arremetió contra el minúsculo defensor.

Un coletazo furioso astilló el tronco de un sauce ribereño, dejándolo tronchado. Entonces, el saurópodo pasó por su lado empujándole con la parte baja del pecho, y envióle a varios metros de distancia igual que una bala recién disparada. Los hombrecillos intervinieron y rociaron a la bestia con el haz de su rayo rojo...

¡Ffffsss! Un salpicón de fuego, que chamuscó hasta las mismas piedras y consumió inmediatamente un chaparral de espinos, brotó a su izquierda. La humarada atacabada esparció picante olor. Comprendió en seguida lo que estaba ocurriendo. ¡Los venusianos disparaban sus armas a, ciegas, tanteando el terreno!

-¡Nos han descubierto! -musitó la joven.

-Todavía no. ¡Agáchate! Y ahora... ¡al suelo!

Cayeron de bruces, gateando hasta el amparo de unos peñascos erosionados. Por entre los intersticios de las rocas podían ver el pantano, cuyas impuras aguas aparecían removidas por los saurópodos que se bañaban libremente o ejecutaban continuos chapuzones para comer las plantas blandas del lecho fangoso.

Melinda se estremecía en sollozos que pugnaba por sofocar llevándose las manos a la boca.

¡Rozaba el paroxismo del miedo integral! Ready la sacudió por los hombros, tratando de volverla a la normalidad y cuchicheó veloces frases de aliento en su oído. La llamarada roja, flamígera, arrasó otra zona del terreno. ¡Seguían buscándolos! Un ornitorrinco trotador corrió en dirección al bosque, atemorizado. No lejos de allí, un tiranosaurio gigantesco -el insaciable «devorador»- emitió sus bramidos de reto.

-Dios mío... Dios mío... -susurraba Mel hecha un ovillo palpitante de nervios.

-Calma, nena. ¡Piensa en la estatuilla! Si la encontramos... ¡regresaremos a la Tierra!

-Pero... ¿dónde está, Ready? ¿Cómo hemos sido tan locos de creer una cosa semejante? ¡El pantano es enorme!

-Nosotros bebimos en una de las orillas...

-¿Cuál?

-No sé -Ready mordía las palabras-. Quizá estemos muy cerca... Quizá...

Dejó de hablar. Los músculos de sus mejillas se contraían bajo la piel arañada y violácea. Había asomado la cabeza por un lado de la roca erosionada, aguzando la vista para otear en derredor.

Los hombrecillos vestidos de azul eran cuatro. Avanzaban en dirección opuesta a donde ellos habíanse cobijado. Vio sus fusiles puntiagudos y los cables flexibles conectados a los depósitos tubulares que colgaban de su espalda. Los equipos de cristalina transparencia permitían apreciar la reducida formación corpórea.

El peligro se alejaba. Seguían una pista falsa, acaso desorientados por las huellas que dejó algún animal al escapar tras la lluvia de fuego rojo. Sin embargo, no fue la evidencia de saberse momentáneamente a salvo lo que le obligó a enmudecer. No. No fue eso.

Allí, junto al pantano... ¡descubrió el sauce astillado y medio caído en tierra! El sauce que quebró la cola del saurópodo. ¡Y Melinda dejó caer la estatuilla de «venusio» cuando la bestia atacó a paso de carga!

-¡Mel! -exclamó-. Pequeña Mel... ¡Mira lo que acabo de encontrar!

Las ramas, sueltas aún permanecían en tierra, junto al marchito tronco ladeado. La muchacha captó al instante el mensaje alentador que para ellos encerraba el característico lugar... ¡un sitio que no podrían olvidar mientras viviesen! Así pues... ¡habían dado en el clavo escogiendo aquella dirección! ¡El azar, o un instinto indefinible, guiaron a Ready hacia el punto exacto!

-¿Qué vamos a hacer?

-¿Y me lo preguntas? La Diosa Jowa no se encuentra lejos de este sector. Seguramente, nos detuvimos a beber en aquella orilla. ¡Vamos, Mel! Abre bien los ojos... ¡Tienes que recordar dónde estabas cuando el saurópodo salió del pantano!

-¿Y los soldados?

-¡Al diablo con ellos! ¡No nos verán!

Arrastrándose, salieron de las rocas. Un ramalazo llameante achicharró la margen de la charca, veinte metros a su espalda. ¡Los venusianos seguían alejándose! Aquello representaba una oportunidad que tal vez fuese única. ¡No podían desperdiciarla!

Avanzaron, en silencio, palmo a palmo. Los bramidos del tiranosaurio resonaban tras la maleza. ¡Y oían sus jadeos al respirar expeliendo el aliento por las fauces portentosas! Melinda dirigía la vista en todas direcciones.

Ya no era terror lo que sentía, sino anhelo. Un deseo incalificable por realizar el hallazgo de la figurilla de «venusio» que los espaciopilotos de aquel mundo horrible llevaban consigo en los vuelos interestelares. ¡El teleportador! La estatuilla dorada y mágica, cuyos brazos bastarían para consumar el prodigio de un viaje por el espacio-tiempo de la cuarta dimensión. ¡Tenían que encontrarla! ¡Tenían que...!

-¡Ahí está! -chilló, de pronto, poniéndose en pie-. ¡Sí, Ready!

Al socaire del incontenible grito de aviso, dos cosas ocurrieron casi simultáneamente. El tiranosaurio -que vagaba por las orillas desahogando su cólera en dentelladas contra los helechos y palmitos- estiró el largo cuello, tensándolo como un muelle, y dejó de mover la cola. ¡Presas vivas!

La segunda cosa era tan espantable como la primera. Uno de los hombrecillos se volvió en redondo, avisado por la voz humana, y dio la alarma con seca y rotunda energía. ¡Los fugitivos!

-¡Vuelve a tierra! -ordenó Ready-. ¡Y avanza a rastras!

Dando el ejemplo se dirigió, ayudado por codos y rodillas, a la fangosa ribera. ¡Cierto! Reluciendo bajo el sol que arrancaba brillos de oro a sus superficies, la estatuilla representando a la Diosa Jowa con los brazos extendidos yacía al pie de unas matas. ¡La figura cuyos brazos articulados bastaban para teleportar a personas más allá de lo que la misma fantasía se atrevería a soñar!

El tiranosaurio, tan alto como un edificio de tres pisos, irrumpió entonces en la escena y, a su simple paso, echó abajo un grupo de laureles. ¡La impresión les dejó paralizados! Sus bramidos y la luz estremecedora de los ojos, obligaron a Melinda a gritar despavorida. Un coletazo duro y restallante, arrancó de cuajo la mitad de un helecho enviándolo al pantano, donde levantó un surtidor de agua oscura y atrajo una flotilla de saurópodos hambrientos. ¡La fiera voraz intentaba, sin saberlo, oponerse a su libertad!

Ready se precipitó ágilmente sobre la estatuilla y la aprisionó con la mano ansiosa. ¡Ya estaba en su poder! Cuando accionase los abrazos móviles... ¡desaparecerían para siempre de Venus!

-¡Aplástate en tierra! -rugió el joven-. ¡Es demasiado grande para que nos vea!

Mientras Melinda se dejaba caer y clavaba las uñas en la tierra pastosa, el tiranosaurio bramó y cargó ruidosamente hacia Ready. No podía verlo. Estaba seguro de que el olfato era su mejor sentido de percepción. El suelo tembló bajo el empuje de las toneladas en movimiento. Ready, abrazado a la diosa de «venusio», rodó cual pelota lanzada por el fuerte raquetazo de un tenista, y se apartó de su camino.

¡Ffffsss! Una gran lengua de fuego envolvió la cabezota del monstruo y sus bramidos sonaron ahora casi humanizados, dolorosísimos. ¡Los rayos rojos!

Toda ella -¡hasta medio cuello!- se desintegró en menudas partículas deformes y las patas delanteras se doblaron automáticamente, derribando al corpachón con la majestuosidad de un alud de nieve negra. ¡Aniquilado!

Árboles partidos, nubes de espuma líquida levantadas por los estertores de su cola terrible, una lluvia de ramas, hojas y matojos... Melinda, horrorizada, corrió junto a Ready, que la abrazó con frenesí. De nuevo juntos. ¡Unidos! Podía llegar la muerte; pero ambos se carbonizarían en la misma bola de fuego. ¡No importaba acabar así!

Tras un espinazo de rocas, diminutos y grotescos, los cuatro venusianos hicieron su presentación en silencio... ¡apuntándoles con los estilizados cañones de sus armas! Iban a disparar. ¡A borrarles de la faz del planeta, igual que antes hicieron con la fauna y la flora del pantano cenozoico!

-«Mmmsssppp...» -gurguritó uno de ellos.

-¡Desea regresar a la Tierra! -dijo el terrícola-. ¡Y abrázame más fuerte aún!

Ready Porter, pálido de emoción, miró las piedras esmeraldinas que constituían los ojos de la diosa. No tenía tiempo para pensar. ¡Tomó su gran decisión sin detenerse a imaginar consecuencias! Lo único importante, decisivo, era salir de Venus empleando el mismo vehículo indefinible que sirvió para traerles. Accionó los brazos de la estatuilla y esperó a que se produjese ei chispazo... ¡mientras también deseaba ardientemente regresar a su mundo de origen!

Antes de que brotase el contacto que activaría las superfantásticas funciones del teleportador, aún alcanzó a escuchar una voz apagada en su cerebro, un recuerdo sonoro que surgía de su propio subconsciente, repitiendo las suaves palabras de Mwesk, el prohombre a quien llamaban Su Dignidad en las altas esferas jerárquicas de Secundus:

-«...Nuestros pilotos del espacio acostumbran a llevar teleportadores. Es un medio de garantizar su regreso. Les basta pensar en Secundus, en su violento retorno a la patria, para sentirse teleportados nada más accionar el contacto que, en este caso, actúa al unirse los brazos de la diosa...»

Las gemas verdes adquirieron «vida propia». Un estallido leve, como eléctrico, conectó los brazos de «venusio». Los cuatro hombrecillos, tras repetir su conminación, levantaron los fusiles y apuntaron a los contorsionados terrícolas. ¡Harían fuego sin contemplaciones!

Al oprimir los disparadores, una doble pareja de chorros rojos calcinó el lugar que hasta entonces ocuparon los fugitivos, quemando hierbas y ennegreciendo las piedras. ¡Devastándolo todo!

Pero Melinda Kingman y Ready Porter ya no estaban allí. Los haces de rayos desintegrantes convergieron en el mismo punto... ¡totalmente «vacío» de cuerpos humanos! Como ocurrió en otra ocasión no muy lejana, la estatuilla acababa de esfumar a los teleportados. Créanlo o no, los

terrestres... ¡habían «salido» de Venus!

EPÍLOGO

Debía tratarse de un río. O quizá era el mar.

Por lo pronto, contaban con un hecho concreto e incontrovertible: ¡El agua les rodeaba por todas partes!

-¡Me... me hundo! -gritó Melinda al reponerse de la violenta zambullida, luchando contra la avalancha líquida que penetraba por su nariz, oídos y boca.

-¡Bracea! ¡Yo te sacaré a flote!

La joven manoteó con fuerza y un círculo de espuma la rodeó igual que el encaje rodea una delicada pieza íntima. Ready nadó prestamente hacia ella, avanzando poco a poco por la masa líquida carente de oleaje. «Sí -meditó instintivamente-. Es un río. ¡Y no recuerdo que haya alguno cerca de Sturgis!»

Las ropas y zapatos constituían un lastre no menudo, que le obligaba a duplicar el esfuerzo. Pero Ready braceaba con ritmo seguro y poderoso, poniendo en juego sus elásticos músculos, en un estilo que denotaba su conocimiento de la práctica natatoria. Melinda, por el contrario, no podía resistir sin sumergirse. Cuando el hombre llegó a su altura, ella se agarró de las ropas con avidez de náufrago. El agua dulce le cubría hasta el mentón.

-No ofrezcas oposición -aconsejó él-. Relaja el cuerpo. ¡Déjate llevar por mí, pequeña! La orilla no se encuentra lejos.

Tenía los cabellos pegados a la frente y de sus labios escapaban bocanadas convulsas. La brusquedad del encontronazo líquido sirvió para despejar su enfebrecida imaginación, pero, en cambio, la anonadó e impidió que obrase con fría sensatez. Lo habría esperado todo... menos aquello. ¡De Venus al agua! ¿Estarían soñando en vez de viviendo tan incomprensibles aventuras?

-¡Mueve los pies! -siguió Ready-. Eso nos impulsará con mayor facilidad... Dentro de poco estaremos a salvo. ¡En tierra firme!

Los empapados trajes se pegaban como la brea. El esfuerzo comenzaba a resultar exhaustivo. Braceando, aflorando la cabeza para respirar glotonamente el aire y arrastrando el peso inerte de Melinda, Ready se aproximó a la margen ribereña.

Al fin, con gran alivio por su parte, los zapatos rozaron el fondo. Entonces, sin deshacer el abrazo que servía de necesario apoyo para Mel, anduvieron con agua hasta los hombros, hasta la cintura, hasta las rodillas...

En la arena húmeda, fatigados y jadeantes, se dejaron caer. Sí. Era un río. Un río ancho y manso, cuya corriente les favoreció para llegar sanos y salvos. Guijarros grises y rojos tachonaban la orilla. Por arriba de ellos, amplísimo, se extendía el cielo azul blanqueado de nubes que parecían pintadas por un artista caprichoso. ¡Cielo azul!

-¿Es... es la Tierra? -preguntó tímidamente Mel, al reponerse.

-Eso creo.

-¡Hemos regresado!

-Pronto lo averiguaremos -Ready trasladó la mirada al cauce que corría hasta perderse a lo lejos-. Adiós -murmuró.

-¿De quién te despides?

-De la Diosa Jowa -sonrió él-. Tuve que soltar la figurilla para ocuparme de otra diosa llamada Mel.

-¡Cariño...! ¿Y se ha perdido?

-Supongo que sí. Habrá caído al fondo y terminará hundiéndose en el lecho -se alzó de hombros-. ¡Qué importa! No quiero volver a saber nada de ella, porque me traería a la memoria cosas demasiado increíbles. Adiós, estatuilla de «venusio».

-¿Crees... crees que «es cierto» lo que hemos vivido? -inquirió la mujer, transcurridos varios minutos que emplearon para recuperar energías.

Ready se puso de pie y echó atrás los mojados cabellos con las manos.

-Tú también lo dudas, ¿verdad?

-Otra vez en la Tierra. En nuestro mundo. Teleportados directamente... ¡desde Venus! ¿No habremos sido víctimas de una pesadilla loca?

-Por lo menos, así lo considerarían cuantos tratásemos de convencer. Pero yo estoy seguro de haber conocido a Mwesk, al visionario Gmano, a los monstruos horripilantes del pantano... Y tampoco estimo una pesadilla nuestro amor.

-Es lo único tangible de tantas fantasías.

-Sí -Ready la tomó de la mano-. Vamos. Allá a lo lejos, en esta llanura, veo una casa. Parece un rancho.

-¿En qué parte del mundo habremos caído, Ready?

-No importa. Donde sea, es la Tierra. Conozco ese cielo, esos juncos de la orilla y el mismo aire que nos acaricia. No pienso dar grandes explicaciones a nadie. ¿Y tú?

-¿Para qué? Ni el propio papá me daría crédito.

-¿Entonces...?

-Vamos hacia el rancho.

Hundiendo el calzado en la arena, chorreantes pero risueños, emprendieron el camino. Un sonido familiar les obligó a volver la cabeza en la misma dirección. Era un zumbido que llegaba del cielo infinito y luminoso. Un reactor evolucionaba por debajo de las nubes, igual que un mosquito de plata, dejando una estela vaporizada a cada rizo. El «pequeño» Sol le contemplaba y parecía reír entre sus fulgores dorados.

-Sí -afirmó Ready-. Estamos en la Tierra.

-¿Todavía piensas casarte conmigo?

-Desde luego -contestó él, pasándole un brazo sobre los hombros-. Y va

a resultar una boda curiosa. Después de darnos por perdidos, apareceremos en Sturgis con una licencia legalizada y la historia de un viaje a Venus. No. Decididamente, nadie nos creería. Tendremos que improvisar algo más «verosímil».

-Lo que tú quieras, Ready. ¡Mira! ¡Hay un caballo cerca del rancho!

-Un caballo -rió el hombre, apresurando el paso-. ¡Al diablo la diosa de «venusio»! No volveremos jamás a hablar de ella. ¡Benditos sean todos los caballos de la Tierra!

FIN

Habían salido en busca de un hombre y hallaron un mundo. Pero ¿qué clase de mundo era aquél? Su atmósfera convertía en horrendos seres a cuantos humanos tocaba.
Sin embargo, allí había hombres. Descendientes de una milenaria civilización que trataban de cruzar

LA BARRERA DE LAS SOMBRAS

Los expedicionarios habían abierto el paso y aquellas fuerzas del «Más allá» se lanzaban a la conquista del Universo por aquel camino que durante siglos había sido

LA BARRERA DE LAS SOMBRAS

Fantástica anticipación de

A. S. JACOB

el novelista que crea las más inesperadas emociones en el relato que la Colección

Luchadores del Espacio

publicará en su próximo número.

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Para un mejor entendimiento de los sucesos que se desarrollarán a continuación, recomendamos con interés la lectura de LA DIOSA DE VENUSIO, número anterior de la colección y principio de las aventuras.

[←2]

Al lector curioso, recomendamos el volumen 139 de la Colección, donde se hace un detenido estudio del robot del futuro.